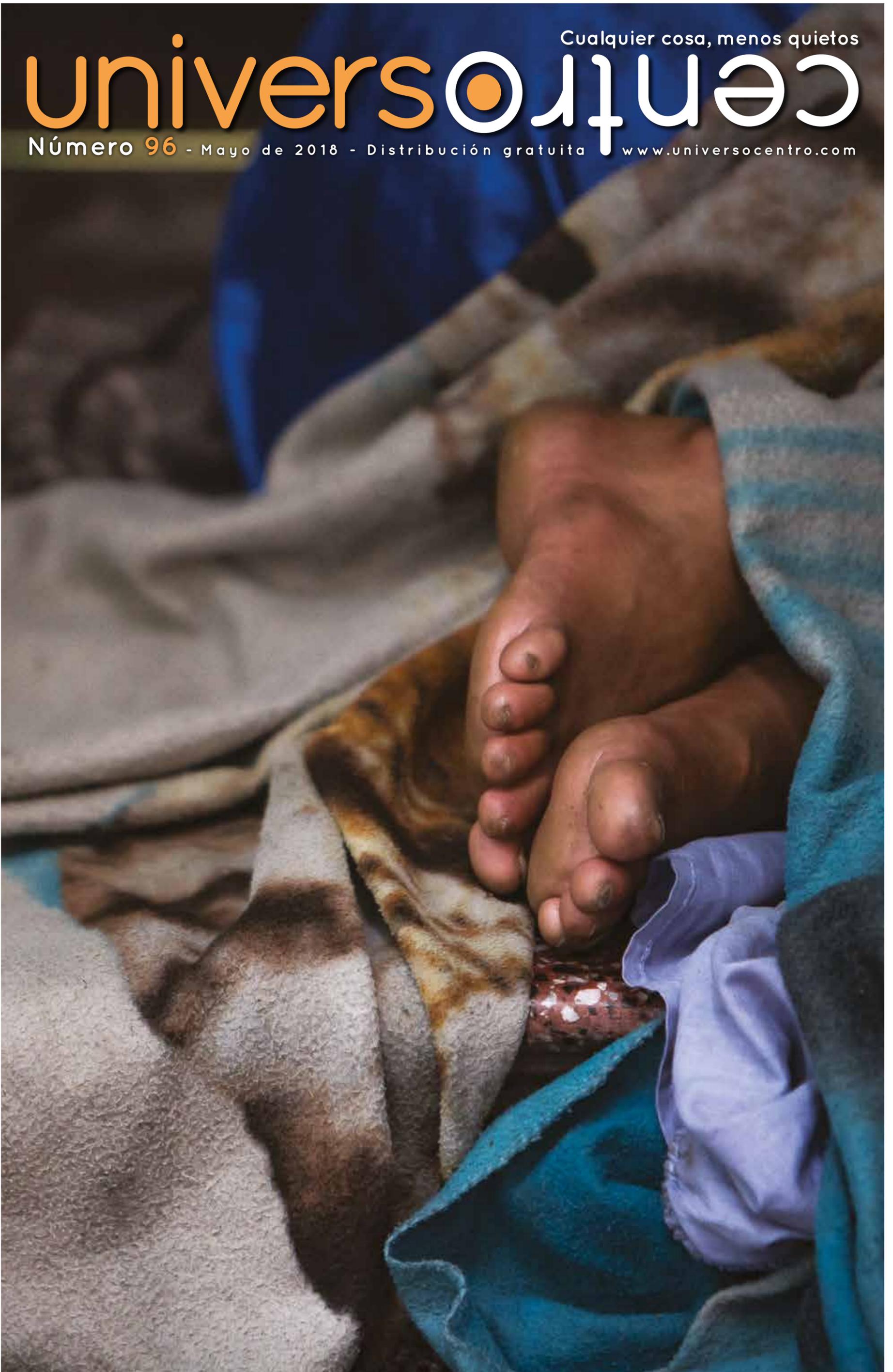


Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 96 - Mayo de 2018 - Distribución gratuita | www.universo centro.com



4

Desamores urbanos

10

Comparando pedagógico

12

Dos cuentos de Amalia Uribe

14

Uppercut para un tal Jack London

18

Agítense antes de consumir

22

Radiohead y su trabajo sucio

26

Primeros planes

universocentro

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

DISTRIBUCIÓN

– Didier, Gustavo y Simón

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 96 - Mayo 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Atender la plaza

Un parque atípico en Berna fue el escenario de uno de los primeros experimentos gubernamentales para tratar el consumo de drogas con menos furia y menos policía, menos miedo y menos cárcel. Kocher Park queda muy cerca del centro administrativo de la ciudad. Tenía que ser un parque ejemplar: florecido, coronado por alguna fecha memorable, dispuesto para el mantel y la mascota. Pero los consumidores de heroína lo tomaron como trincheras contra la represión policial. Compraban la droga en los alrededores y tenían miedo de ser perseguidos por la policía hasta su “sala de consumo” en algún cuarto alquilado, un refugio de inquilinato suizo. El parque se llenó de tugurios y los consumidores de heroína ya eran apenas un poco menos que los funcionarios de las luminosas oficinas estatales de Berna. Allí se instaló el “mercado público” de heroína y otras drogas. Hepatitis, VIH, jeringas, desatino puro en un parque central en Suiza. La opinión pública comenzó a pedir acciones contra ese “cartucho”. Era claro que la represión no había funcionado. Al contrario había creado un ecosistema desconocido. La sociedad estaba dispuesta a ensayar estrategias distintas, a buscar caminos imposibles, a aceptar daños menores a cambio de algo de libertad, respeto y atención a los consumidores.

Jakob Huber fue el primero en notarlo. Por su cuenta, con algunos aliados, comenzó a atender a la población de esa burbuja zombi que todos temían. Un poco de té, jeringas nuevas, gaseosas, condones. Alguien que se acercaba sin pelarles el diente. La estrategia de Contact, la organización que lideraba Huber, formuló nuevas preguntas para el debate público: ¿era legal proteger a los consumidores, se incitaba al consumo, se podía ir en contra de los mandatos legales, se buscaba escriturar el parque a los drogadictos? La discusión duró meses. Huber tiene una teoría que es necesario poner en práctica: “Había que hacer algo. Los simposios y conferencias sobre drogas son muy importantes, son hasta divertidos para los expositores, pero es mejor tomar algunas decisiones y discutir sobre sus resultados”. En 1988 la administración local de Berna acogió la idea y se crearon las primeras salas de consumo controlado. Hace treinta años comenzó una política pública que todavía hoy parece una osadía. Se recuperó el parque, se disminuyó la tasa de enfermedades contagiosas entre adictos, se disminuyó el sufrimiento, algunos consumidores encontraron salidas a la adicción.

El recelo y la polémica no terminaron. Huber dice que para la policía todos eran adictos, una misma etiqueta para consumidores y para quienes los atendían. También los funcionarios de los centros de consumo tenían sus prejuicios: “Cuando dije que iba a hablar con la policía el noventa por ciento de mis compañeros de trabajo quisieron vetarme, pensaban que me estaba vendiendo”, relata Jakob. Tres años más tarde policía y Contact

trabajaban en una estrategia común. Los políticos en un primer momento se encendieron con posiciones encontradas frente a esa idea que se acercaba demasiado a los “parias”. Luego llegó el pragmatismo y la discusión sobre los detalles, los datos, la opinión de los médicos y los toxicólogos, la discusión sobre la práctica que pedía Huber.

Durante la administración de Gustavo Petro se implementaron en la capital colombiana 19 Centros de Atención Móviles a Drogodependientes (Camad). Intentaban algo similar a lo que se hizo en Berna a finales de los ochenta. Para muchos era un escándalo: “Ahora la alcaldía traba a los drogados”, decían los más intoxicados. En los foros internacionales Juan Manuel Santos proponía nuevos enfoques sobre la droga. La idea se quedó en los documentos. Petro intentaba una idea vieja con logros probados en varias ollas internacionales. Llegó Enrique Peñalosa y fue todo. “Yo no conozco que a una persona que consume sustancias psicoactivas haya que darle marihuana en la calle para que vaya dejando la marihuana. Al adicto físico hay que tratarlo en un hospital y ahí se le entregará lo que haya que entregarle”, dijo su secretario de salud demostrando ignorancia o charlatanería, un vicio al que seguro lo indujo su jefe.

Medellín tiene experiencia, recursos y estructura para ensayar soluciones más ambiciosas. Cosas buenas que mostrar con los Centro Día que atienden habitantes de calle, con las granjas del programa Somos Gente que dan opciones de tratamientos para rehabilitación. La ciudad invierte cerca de 40 000 millones de pesos cada año para atender a los peor atendidos. Sin embargo, valdría la pena ir un poco más allá de la motilada, el café, la oferta de redención. Valdría la pena un paneo bajando por la avenida De Greiff hasta la Minorista. La legión de desarrapados es amplia. Valdría la pena rasgar un poco esa estrategia. Un ejemplo lo deja claro. Medellín es la ciudad con mayor uso de heroína en Colombia. Un poco menos de 3 500 consumidores según un estudio publicado hace cuatro años por el CES. Y al mismo tiempo, la ciudad más hostil a los consumidores y más reacia y conservadora respecto a las políticas de reducción del daño. Una muestra perfecta de que las políticas de matoneo por parte de “convivires”, al estilo del presidente Duterte en Filipinas, y recelo por parte de la administración, no solo no disminuyen el consumo sino que alientan los problemas de salud y violencia. Tenemos instituciones con reconocimiento para trabajar en el tema como la Fundación La Luz y el Hospital Carisma. Valdría la pena sacar a la calle algunas ideas más allá de la medicación en el centro cerrado.

La ciudad con el mayor número de consumidores tiene la obligación de mover nuevas ideas, de intentar estrategias, de ser menos prejuiciosas y más innovadora y educada. La Minorista y sus alrededores no tienen las obligaciones institucionales de Kocher Park, pero pueden tener algunas puertas distintas contra el bazuco, la heroína y otras pópcimas. ☺



Lucha de clases

por **NERÖN NAVARRETE**

Ilustración: Verónica Velásquez



El poder no se posee, se ejerce: afirmación que ha dado tela para infinidad de debates en la sastrería de la universidad. Y nada representa mejor su alcance que el rasero bondadoso o tiránico de la nota en clase. Del cero al cinco los profesores tienen en sus manos la regla que mide parciales, exposiciones, talleres y finales; o ponen a ganar al estudiante o lo ponen a perder, ya sea con sabiduría y mesura o con hiel rencorosa y lascivia. Pero es una autoridad que no dura para siempre: lo que pasa en el salón tiempo después se vuelve anécdota, recuerdo maluco, chistes para el reencuentro de egresados o amistades de tinto entre el alumno agradecido y el maestro orgulloso.

Jairo Montaña es un profesor de planta que conoce el juego y lo domina con pericia. Desde el primer día de clase hace un recorrido atento y cauteloso para identificar a la inocente que en unos cuantos meses va a estar rogándole para que la pase. Los hombres, qué carajo, ojalá peguen bien un par de frases con alguna cita sacada a empujones de los documentos que les pone a leer, y listo. Su materia se llama Teoría sociológica I, algo así como un curso de iniciación para encender el motor de la carrera.

Esa mañana Mario, Paulina y yo estábamos en la cafetería, a solo dos mesas del drama: una muchacha que no llegaba a los veinte años le suplicaba al borde de las lágrimas, unía sus manos, luego miraba de nuevo las notas del semestre y la evaluación del final llena de tachones de lapicero rojo. Montaña era una estatua de indiferencia. Calvita arriba y cola menuda atrás, mentón amplio, ojos pequeños y nariz afilada, tenía la atención

perdida en las mangas de la universidad, y solo movía la cabeza en una negación mecánica. La espesura de un bozo gris ocultaba la sonrisa de victoria: ya había reducido a la víctima.

Nosotros tres intentamos escuchar por curiosidad, pero más tarde, en un bar cerca a la universidad, comentamos el tema con calma y lenguaje de pola. Mario y yo vimos ese curso hace ya mucho tiempo, y ahora andábamos en la práctica. A Paulina le tocó verlo cuando llegaba a los treinta años, otro hombre a los ojos de Montaña. Pero ella, como adulta en pregrado, sirvió de paño de lágrimas para varias jovencitas que al final, entre la frustración y el asco por las insinuaciones del profesor, repitieron la materia en otra universidad gracias a un programa de pasantía. La tabla de salvación no redimía la mancha en la hoja de vida académica, pero les evitaba llegar a extremos para pasar raspadas. “Cuándo será que echan a ese hijueputa”, comentó Mario. “Qué pensar de esas peladas, les digo pues. Y en esa facultad no hacen nada”, respondió Paulina. A ella la indignación se le escuchaba más sincera. Por esos días yo trabajaba en un proyecto con la alcaldía y tenía cierta cercanía con muchachos no muy reputados de un barrio popular que me guardaban estima y respeto por dos razones: estar en la universidad y dirigir unos talleres de pintura que dábamos los sábados en la sede comunal. Con uno de ellos, especialmente, había tejido una suerte de camaradería y confianza. Saqué un cigarrillo, lo prendí, fruncí el entrecejo para darle seriedad a mi próxima frase, y luego de inclinarme un poco como quien va a soltar un secreto peligroso, les dije: “Lo mejor es pegarle un susto a ese man”.

Pepino nunca fue pillo, pero se reunía después del mediodía con los muchachos en la esquina a fumarse un porrito y a esperar la noche para volver a la casa. Veinticinco años. Cuando terminábamos el taller casi siempre le pedía que nos quedáramos otro rato en una tienda tomando gaseosa. Sin caer en nada ilegal más allá de la traba, odiaba a los “tombos por sapos”, compartía la pinta y las palabras de su combo, y de vez en cuando se ponía reflexivo. Con corte de pelo estilo militar, su cabeza alargada casi hasta la caricatura permitía entender el apodo; los dos ojos enormes y saltones estaban separados por una nariz fina. De su oreja izquierda colgaba siempre una pequeña candonga de plata. Propuestas de manejar plaza o cuidar cuadras le llegaban cada semana, pero Pepino siempre estuvo al margen, no por cobardía sino por el deseo no resuelto de estudiar. Conversábamos sobre las ideas revolucionarias de Camilo Torres y su entrada al ELN a mediados de los sesenta, la diferencia entre liberales y conservadores o el nacimiento de la Constitución del 91, y Pepino mostraba inquietud, un joven entendiendo poco a poco el funcionamiento mezquino de la nación, la cabeza que movía la falange de su barrio. “Tengo que meterle un susto a alguien”, le solté casi sonriendo, sin asomo de inseguridad. Ese sábado ya lo tenía inspiorado con cuentos sobre la lucha obrera y el voto femenino. “¿Y qué fue lo que hizo pues?”, preguntó; ahí me llegó cierto aire de tranquilidad. Venía preparado para una negativa inmediata. “Es un profesor de la universidad que maneja las calificaciones para caerles a las peladas”. Luego de escuchar el asunto

completo le quedó claro que Montaña era un simple depravado. Y aceptó. El plan en esencia era muy simple: yo tenía la dirección de Montaña; él salía los viernes de clase de seis de la tarde y siempre se tomaba los aguardientes en una taberna de salsa cerca de la universidad. Luego caminaba hasta la casa, un trayecto de cuatro cuadras. Desde mi moto, al lado de una cabina de teléfono, yo iba a estar de campana en una esquina hasta que llegara. Pepino en una tienda esperaba la señal, una llamada perdida. Y ahí salía en su moto, lo abordaba, fingía portar un arma, se mandaba la mano a la billetera bajo la camisa, y en cuestión de segundos lo dejaba congelado luego de una amenaza simple, más o menos algo como “si te volvé a meter con alguna pelada de la universidad te morís, maricón. Quedás advertido”. Todo muy rápido, sin violencia pero con determinación. Ibamos bien, hasta que Pepino lanzó la amenaza. A buena distancia observé atento, preso de ansiedad ante la escena soñada que disfrutarían las víctimas de los deseos carnales de Montaña: la manchita de orín bajándole por el pantalón hasta las rodillas y el video de la humillación para la posteridad en las redes sociales.

Pero en nuestro plan no consideramos que Montaña, con los guaritos encima, no copiaba de miedo. Más que susto, despertamos su valor de maestro borrachín. Un derecho preciso a la mandibula y el pobre Pepino cayó al pavimento. La moto lo atrapó contra el suelo entre quejidos y alboroto. De la otra esquina apareció una moto enorme, rugiendo como perro guardián, verde e imponente: los policías, los tombos. “Este hijueputa me iba a atracar”, gritó Montaña. Ni siquiera le quedó claro el mandato. Pepino no lograba liberarse y se retorció en el piso. Un policía calmaba al inocente profesor de universidad mientras el otro llamaba por radiotelefono a la patrulla para levantar al ladrón y llevarlo a la estación. Desde un rincón asistí a mi propio asombro, y a mi miedo. Me refugié en la cabina telefónica y pasé desapercibido hasta que todo concluyó. Fue una hora tan larga como la noche entera.

Escribo esto desde una mesa en la cafetería de la facultad. Han pasado dos meses. De Pepino puedo decir que sufrió el tratamiento reglamentario: diez horas de calabozo por intento de robo a mano desarmada. Y Montaña relata en cada clase la historia heroica en la que se salvó, por su arrojo y precisión al conectar golpes, de un robo inevitable. “Si la ciudad está muy insegura”, predica, “es necesario que ustedes venzan el miedo”. Da detalles, se sienta sobre el escritorio, se recoge las mangas de la camisa como conferencista diestro y describe a Pepino como un Goliat vencido por el arma de la determinación.

Ahora mismo el profesor está conversando alegremente con dos muchachas que lo invitaron a tinto con tal de que les vuelva a contar el milagro. Los veo desde mi mesa, y finjo no prestar atención a la comedia. ☺

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

Eduardo Escobar es nuestro primer escritor invitado a las Conversaciones desde San Ignacio, un proyecto de Comfama y Universo Centro para contar viejas y nuevas historias de la plazuela y sus alrededores. Lo acompaña la tinta de Daniel Gómez.

Desamores urbanos

Casi todos los nadaístas tuvimos que irnos de Medellín, cansados de hostilidades, y obligados por la inopia y la falta de sentido que es la peor de todas las enfermedades del espíritu. La ciudad nos quedaba como un vestido estrecho. Unos pocos se quedaron. Y acabaron ricos y gordos, rindiendo culto al aguacate litúrgico de cada día, y fieles a su lectura meridiana de *El Colombiano*, en medio de las estridencias de Montecristo que infestaba el medio ambiente desde todos los radios de la parroquia a la hora de la siesta. O alcoholizados, durmiendo en los portales de las casas de la gente bien, como Darioleamos. Yo tenía diecisiete años cuando tomé la decisión de partir. Me llevé un trío de camisas en una bolsa de papel, dos mudas, mudas, de ropa interior, y una caja de libros que a veces vomitaba toda su erudición en las estaciones de buses en un derroche de carátulas. También cargaba, en la billetera familiar, la fotografía de una muchacha con su teléfono al respaldo —jamás la llamé— y la de mi bisabuelo Aquilino Ochoa, uno que tenía fincas por el Cauca, y vivió por los lados del Camellón de Guanteros antes de irse a vivir a Envisgado con Rafaela su mujer, que llevaba el nombre del famoso hoyo frente al cual habrían de levantar la cárcel de La Ladera, versión comprimida del infierno católico. Y cuyos callejones habitamos los nadaístas por distintas clases de injusticias.

Suena hondo y significativo. Y también sabía a mierda. Sobre todo cuando el aire de exilado, los huesos a la vista y los zapatos rotos, me hacía digno del interés de la policía. Todas las ciudades tienen los calabozos que se merecen. En Colombia todos son similares. Húmedos y grises, huelen a lo que huele en todas partes el cisco del orden, sobre todo en las naciones pobres, acostumbradas a revolcarse en las heces. Una tarde, un viejo anarquista español me dijo en Cartagena: Yo he recibido garrotazos de la policía socialista y de la capitalista, y duele igual. Y a mí me fue lo mismo bajo los gobiernos conservadores y los liberales en mi errancia. Yo soy el que siempre soporta. El que paga el pato y los platos rotos. Mientras resista el asedio, todo está justificado, la politiquería, las corruptelas y las grandes palabras que nos engolosinan. Desde los quince años hasta hoy tuve que trabajar para vivir, reducido al perverso mandato del dios judío de ganar el pan con el sudor de la frente, cuando no se puede con el sudor del de enfrente. Y a pagar iveras y peajes. Todos nacemos iguales ante los peajes dice la nueva carta de los derechos del hombre y del ciudadano. Y que solo hay dos cosas ineluctables. Los impuestos y la muerte. Cualquiera sea el rumbo que tomes la mano menesterosa de una muchacha de mínimo y caseta se extenderá hacia ti, sonriendo. No sé por qué me simpatizan tanto las muchachas de los peajes.

Ni por qué me dan tantas ganas de que haya un incendio serio en la gerencia.

Traté de olvidarme de Medellín, rodando como un muerto por los suburbios de Mocoa con un viejo exnazi que se interesaba en el nadaísmo desde que su hija, habida con una india, le habló del asunto. Y rodé por los barrios de pobres de Popayán llenos de piojos y por los de Barranquilla llenos de cucarachas del tamaño de castañuelas en los marcos de las puertas de los servicios. Viví en los tugurios de los jipis de Tanganga, con collares de colmillos de tiburones, y en las guaridas de los artistas izquierdosos, más que izquierdizantes de Bogotá, titiriteros que mimaban la revolución bolchevique con muñecos de paño prensado, dramaturgos lectores de Mao que montaban historias del grotesco con arzobispos *prídipicos* hechos con cajas de pollos pegadas con cola de carpintero o con la famosa pez griega que hiede a clásico.

Pero la lejanía siempre me pareció amarga. Desde el principio supe, o intuí, que detrás del rencor por la ciudad guardaba reprimido un amor narcisista porque la ciudad y yo éramos la misma cosa. Un amigo mío dijo que los hombres hacen las ciudades. Pero las ciudades también crean a los hombres. Marcial es Roma y Baudelaire es París y Henry Miller, Manhattan. Gonzalo Arango escribió un texto dedicado a Medellín, que es la descripción del parto de un juglar por una ciudad inelmente de carácter fenicio.

Desde el principio albergué la corazonada de que me iba a ser imposible olvidar del todo a Medellín, por lejos que me fuera, por profundamente dormido que me quedara, y nunca dejé de añorarla un día, desde cuando me fui, prometiéndome no volver. Pero siempre volvemos, supongo. Y en efecto, un día inesperado, cuando pensaba que por fin estaba libre de mis recuerdos de esa ciudad entre ancones, me vi volviendo, menos pobre de lo que me fui, aunque más viejo, pero no vencido, incitado por una amiga interesada en conocer los escenarios de los años de mi crecimiento, de mis primeros poemas escritos en las cantinas, de mi romance frustrado con la muchacha de la fotografía de la billetera que jamás llamé. Nos alojamos en un Hotel Nutibara ya decadente, simbólico de un pasado aplastado, y mi amiga no quiso creerme que en mi adolescencia había sido el símbolo del lujo internacional en la ciudad de eterna primavera como era llamada la aldea en la folletería turística. Cómo me dolió ver las grietas del granito del piso. Cómo me parecieran de cómicos, por anacrónicos, los lavamanos monótonos, los mismos de las películas de Gary Cooper. Y las cortinas pasadas de moda. Y las pantallas *art déco* de los bombillos típicos. Entonces no habían sembrado los fantasmas de Botero en la plazuela, nubes embutidas en cascarones de bronce, entre las palmas del desierto africano

según los historiadores con infulas botánicas. Ni había metro. Por las calles rodaban los mismos buses de siempre, chirriantes, resignados, a punto del retiro. Recuerdo que estuve mirando por la ventana la ciudad atareada del atardecer. Y que el Centro me pareció invadido por una pobreza nueva, por los horrores de la democracia industrial. Lleno de miedo dudé si a mi amiga iban a parecerle anodinos esos lugares de los que tanto le había hablado con ira y amoroso entusiasmo, en donde nació el nadaísmo. Y el cielo era más azul, o los ojos estaban más limpios, y el olor de las orquídeas de las ceibas de los parques y las avenidas se imponía por sobre los tufos de la gasolina quemada. Le dije. Mientras ella me miraba con ojos incrédulos encrespados por el batir de sus pestañas postizas. Fue, le dije, cuando me convertí con Darioleamos en un cazador de colegialas. Empeñados en arrebatarles las mejores presas del naciente conurbano a los diablos insulsos importados por las monjas europeas de los colegios de señoritas. Darioleamos era entonces para mí más que un hermano. Aunque después nos separamos porque debíamos cultivar cada uno su propio fracaso. Él había identificado el éxito del suyo con el sacrificio. Yo elegí, quién sabe, el cinismo del escritor. Y el matrimonio burgués repetitivo. Y las rastrosas donde vivo.

Aquí estuvo un hombre que fue mío. Hablaba en sánscrito solo, porque con quién más. Y lo mató un rayo. Allí había una escuela de ciegos donde sonaba una dulzaina a todas horas. Allí hubo un parque donde por las noches rondaba un búho blanco. Ese muñón es lo que sobrevive de la casa de Dora Echavarría de patios celestes, una que pintaba incasantes retratos de Carlos Gardel. Eso fue un teatro de películas italianas a donde nos escapábamos los colegiales del colegio de Nicolás Gaviria, situado en la plazuela de San Ignacio, cuando capábamos clase. Ese ventorrillo de sombreros folclóricos fue el lugar de encuentro de la bohemia literaria de los años sesenta. Y allí, en las afueras de El Poblado, vendían una oreja de cerdo sudada con yuca que era una gloria que se perdieron los judíos y los mahometanos. Pero no los intelectuales de la ciudad que asistían a los rituales de la fritanguería de madrugada, hablando de Freud y de marxismos hasta por los codos chorreando homéricas mantecas. Y aquella fue mi casa, donde está ese edificio. Y allí fue donde mataron al Nato Montoya, el detective estrella de la municipalidad que cojeaba de su pierna de platino...

Todo un día gastamos mi amiga y yo en la fantasía de recuperar un pasado a partir de unos vestigios y de las palabras desprestigiadas de la nostalgia. Y yo temí que mi amiga me tuviera por un miserable embustero. Mientras yo hablaba mi paja sobre unos puñados de polvo. Mi historia personal de Medellín está definida por el desastre de la avenida Oriental que rompió el Centro de

mis amores sin compasión, por arriba, las viejas calles de Tomás Carrasquilla, donde vivieron Beatriz González, y Rocio Guzmán, y Cecilia Gutiérrez, de cejas esponjosas, la hija del más brillante de nuestros burócratas internacionales de entonces; y que completó por abajo el tren urbano corriendo por donde no debía. Es un rancio reproche: hubiera debido ir paralelo al río de siempre, adonde cuando yo estaba aprendiendo las primeras letras acudían bandadas de patos canadienses con las primeras alas de las ganas de irse. En vez de irrumpir por las plazas, imponiendo sus elefantíacas patas de concreto por entre las tiendas de abarrotes y las ferreterías de Bolívar y Carabobo. Pero es también una vieja ley que la usura casi siempre triunfa sobre la poesía. Y que una cosa es el mercado de la tierra y otra la fatuidad de los sueños perdidos que ocupan los ocios flemáticos de algunos maricones geniales como Marcel Proust.

Medellín es hoy, en el canon de las imágenes de la película de mi interioridad, una cicatriz de concreto y una fábula convenida para no matarme en la bancarrota de los sueños y los empeños. Quise mostrarle a mi amiga los fondos nocturnos de la aldea de mi invención entrañable, el Guayaquil de mis primeros tragos atroces y mi primer polvo con una prostituta negra de Puerto Berrio que tenía mis mismos dieciocho años. Pero habían convertido el sector en guaridas de burócratas y el pedazo aún insistente de las cantinas de tangos había perdido la gracia. Ya no eran las de mis atracadores artesanales de puñalata española, mis marihuaneros de antes en las nubes, y mis coperas de popas llenas de majestad y meneos que nos trataban con el cariño de una madre. Ahora pienso que en aquellas disoluciones hicimos más una vida de ascesis que una pecaminosa. El cuerpo es para gastarlo, decíamos. Y en el exceso nos empleamos. En el insomnio y el hambre voluntarios. Por fortuna aún existía la plazuela de San Ignacio y el paraninfo donde los nadaístas, como mi amiga sabía, hicimos nuestro primer acto público quemando los libros del colegio, y sabotamos un congreso de intelectuales católicos con chorros de asafétida, y don Gonzalo Arango pronunció esa conferencia memorable que estuvo a punto de reventar el paraninfo y que llamó, *El Che Guevara se cayó en Bolivia*. Esto evitó que perdiera la fe en mí. Y existía Versailles, aunque me pareció estrecho, distinto del que yo recordaba y le había contado, ahora olía a churrasco y sebo y los clientes que yo esperaba ver y presentar, se habían trasteado con sus hipocondrias al cementerio y los viejos meseros se habían jubilado y el patrón, Leonardo, estaba por cumplir ochenta años. El Metropol, en cambio, al frente, estaba convertido en un amontonamiento de restaurantes populares. Y me fue imposible escuchar esa carambola a las dos de la madrugada

que Gonzaloarango convirtió en la metáfora del nadaísta de corazón de vultro en el parabrisas de un Volkswagen.

Cómo no amar una ciudad a la que uno le besó las bocas de las alcantarillas. Donde uno descubrió al mismo tiempo el envilecimiento y la gloria de vivir. A la que exploró morbosamente los recovecos de los prostíbulos de la calle Amador abajo, perfumados de aguas baratas, y las guaridas de los primeros transexuales de tetas de algodón quirúrgico a falta de silicona, que vivían entre espejos con festones rosados, y exornados con las fotografías de las ratas de las ventosas recortadas de un periódico, y de los policías que las golpeaban en las batidas del amanecer.

Amílcar Osorio escribió unos hermosos relatos sobre el Medellín que yo trataba de hacerle creíble a mi amiga. Los leímos. Relatos de la vacuidad de la vida urbana encarnada en los adolescentes de la clase media, jazz y bombones, mocasines y medias de rombos y cabellera engominada. Y los diálogos huesos del aburrimiento, llenos del laconismo del cansancio prematuro. La literatura que el nadaísmo fracasó en imponer. Porque por alguna razón las cosas de la literatura nacional derivaron hacia el nuevo regionalismo garciamarcezo, carraquillismo con un toque de Francia y joyismos destroncados de los relatos de Faulkner y las extrañezas de Kafka. Y las crónicas de la miseria que siguieron, pornografía de la autocompasión. Fútbol, narcotraficantes, y la vida del barrio proletario. Y lo que algún chistoso llamó con ligereza nuestra sicaresca.

Conocí a Jaime Espinel, llamado Barquillo, en los salones de billares de Junín antes del nadaísmo y nos quisimos mal siempre pero siempre con una lealtad que nos permitió tratarnos con cariño hasta hoy. No importa si él está muerto comparado conmigo. Y me demoré en apreciar el trabajo literario de ese campeón de las mentiras, que acabado en la soledad de los huérfanos tempranos inventó una ciudad arrebatándole a sus amigos sus recuerdos para vestirlos desvergonzadamente como propios, incluidas las tías violinistas que cantaban como arrendados y los primos que retaron a Manolete, pues todos tuvimos uno. Tal vez, me digo ahora, su Medellín es irrefutable. Y dudo si esos recuerdos que me robó le pertenecen con tanto derecho como a mí. Aunque los haya traspuesto en una prosa desbocada que tiene el sabor del primer Cabrera Infante de los tristes tigres.

Una vez de niño, mirando una de esas cajas de fotografías de muertos que guardaba mamá, encontramos la del puente que hubo en La Playa con El Palo, y le hablé de mi recuerdo de la pequeña obra y sus balaustres y de las flores de una matera y de una ceiba. Y ella me dijo que no podía acordarme porque cuando nació ya habían tumbado el puente. Pero no es imposible que una nazca con muchos recuerdos puestos

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Daniel Gómez



DISFRAZAR EL BURRO

por CAMILO GALLEGO

Fotografías por el autor



El mar fue una epifanía. El papa aún no repartía bendiciones ni se preocupaba por el recorrido que haría en las calles del pueblo. Lo único que le interesaba era limpiar su voz para poder bendecir a los lugareños, reunidos en el estadio de fútbol, con una entonación clara, casi mágica.

Agarró el teléfono, buscó un seguidor y llamó. Al otro lado un hombre obedeció: fue a la bahía en su moto con una botella de plástico, la sumergió en el mar y regresó con ella. El papa recibió el encargo y fue adentro de su casa, llevó un trago a la boca y luego hizo gárgaras. Grrr grrr. Al terminar sonrió. Estaba listo. Sabía de memoria sus palabras.

—Mi agenda estaba programada para septiembre, pero Festival del Burro es Festival. ¡Gracias Colombia por haberme invitado desde la Roma!

En San Antero hay un burro amarrado de un poste de energía; hay un burro que transporta un campesino; hay un burro que empuja una carreta; hay un burro que carga el fiame; hay un burro que se excita bajo la sombra de un mango. Hay burros por todos lados, pero dicen que ya no son tantos, que los están matando, que hay mataderos clandestinos para vender su carne, que los despiegan y los dejan tirados en las carreteras para camuflar cocaína en su piel. Dicen que son menos, pero en este pueblo de casi treinta mil habitantes, a 867 kilómetros de Bogotá, no se preocupan por su suerte, al fin y al cabo es Semana Santa, días de fiesta, cerveza y vallenato.

San Antero parece no diferenciarse de los demás pueblos de la costa Atlántica: el calor derrite, el polvo seca los labios, la cerveza refresca, hay muchos pobres dedicados a la pesca o a la agricultura, y pocos ricos con grandes pastos para su ganado. Es igual a todos, salvo dos detalles: la bahía y sus manglares que están a pocos kilómetros y un

montón de burros que, dicen, ya no son tantos porque están desapareciendo. En 1925 no era así. Una vez llegó al pueblo el corregidor Remigio Maza Saavedra decidió hacer una cabalgata de burros porque no había caballos. El acto central era pasear sobre un macho un muñeco disfrazado de Judas Iscariote, como burla al traidor de Jesús. Al final del paseo leía en público un testamento sarcástico: a uno lo abochornaba por tener dos mujeres, a aquel por repartir niños en barrios distintos, a este por amanecer borracho en la calle y al otro por burrearse todas las tardes una hembra. En esta zona del país son ingeniosos hasta en crear nuevas palabras. Burrear: tener relaciones sexuales con burras o burros.

El escritor local Eustorgio Díaz preferiría hablar del aporte del burro a la

economía del pueblo y no de la zoofilia, de la que se burlan en el interior del país.

—Si uno hace un recorrido por las culturas universales, la zoofilia es general, no está sujeta a una región. Porque el que no lo ha hecho con un burro lo ha hecho con una vaca, una yegua, una puerca o una perra —sentencia disgustado.

En 1987 se hizo la primera edición del Festival con un reinado de burros y burras disfrazados de personajes de la farándula y la política, perfecto para la sátira y el humor. Descartaron fiestas del mar o del cangrejo. Si el burro es el que nos acompaña en el campo, nos lleva a la escuela y nos transporta el agua, que la fiesta sea en su honor. En Colombia hay para todo: en el año hacen 3794 reinados, es decir que cada día hay más

de diez en distintos pueblos, desde el Amazonas hasta La Guajira, y los más exóticos no son de mujeres bonitas, sino de hombres feos, de niñas sin tetas ni culo, de gallinas y de burros.

En la segunda edición San Antero fue noticia nacional, gracias a ello Eustorgio dice que el burro sacó del anonimato a su pueblo. A una hembra de dos años le pintaron los cascos y los labios, le pusieron sombra en los ojos y le colgaron argollas. Se llamaba Leonela, como la protagonista de la telenovela venezolana que causaba furor en la época. Una vez Mariano Correa fue coronado ganador del concurso, los perdedores demandaron porque la burra no era virgen, señorita. Para resolver el problema trajeron un veterinario de Montería que confirmó la sospecha: era señora.

—Es inconcebible —me dice Eustorgio— que a las reinas de belleza no se les pidiera ser vírgenes y a una burra sí, expuestas en el monte no solo a los machos sino a sus dueños.

—Los otros decían ardidios que era señora, que la habían visto con el burro de Pedro Juan y el burro de señor Daniel —dirá entre risas Esperanza, hija de Mariano—. Vengan y la ven que el jopito está bien sequecito, les decían. Le metían el dedo y ella salía corriendo.

Pero otras personas dirán lo contrario: que Leonela era traviesa o que traviesos eran dos niños amigos de la familia que se disputaron durante años el honor de haberse burreado primero la hembra más famosa de San Antero.

—Esas costumbres se han perdido, hay que rescatarlas nuevamente —dice Nelson Villalobos, animado, sonriente. No se postula para volver a burrear pero está seguro de que esos “valores y principios” cada vez se ven menos—. Ya no hay de esos mamadores de burra original —agrega pícaro.

A pesar de que su nombre es Nelson, todos lo llaman Nino, igual que los muñecos negros de plástico que se vendían de contrabando en el pueblo, provenientes de Panamá. Se lo debe a una tía que exclamó el día de su bautizo: ¡Ay, pero si este es un Nino, mi muñequito panameño!

No hay mejor época del año que la Semana Santa: mientras en los demás días aspira a hacer periferoneo o a vender mariscos, Nino sueña que este sábado será el trigésimo rey del Festival del Burro. Se toma una chicha acostado en una hamaca y dice que está tranquilo porque Vera, su mujer, ya le diseñó el traje que vestirá cuando imite al papa Francisco. Lo curioso, le digo, es que siempre se ha disfrazado de sacerdote: en el 2012 de Alberto Linero y en el 2015 de Darío Jaramillo, dos de los más famosos del país. En ese año un amigo le prestó el burro y se lo llevó cerca de su casa para ganar su confianza. Me dice que le daba la comida en la mano y lo bañaba, le servía agua, lo acariciaba y jugaba con él. No explica cómo eran los juegos, pero no lo interrumpo porque lo hace con ternura.

—¿Y te lo burreaste?

—Era burro —dice, y sonrío, incómodo.

Le pregunto por la zoofilia a Cristóbal Correa, creador del Festival.

—No solo es de aquí —responde seco—. ¡Otros se hacen la paja porque no tienen animal!

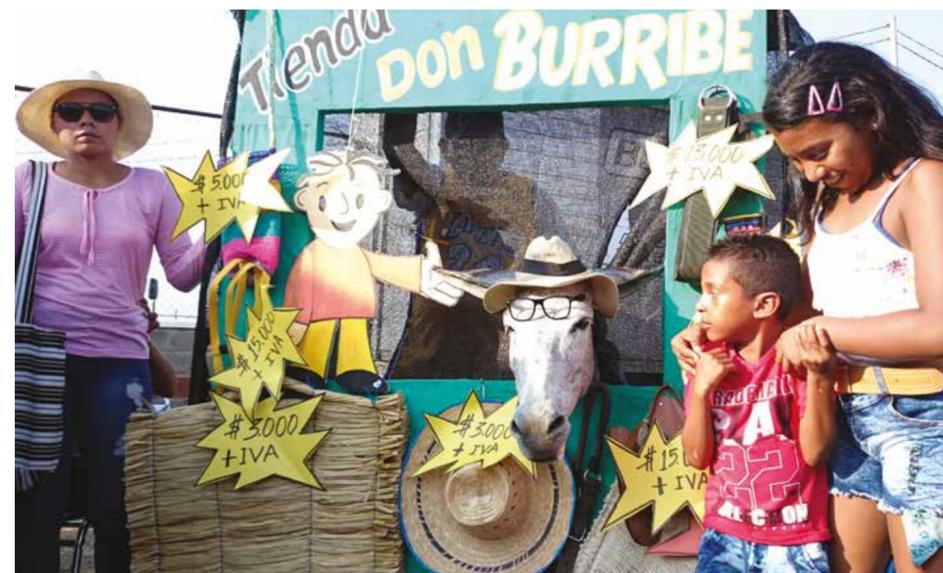
En este momento recuerdo a Raúl Gómez Jattin y su poema *Donde duerme el doble sexo*, pero mejor no se lo nombro porque el tema le molesta. Dice que con el inicio de la actividad sexual a corta edad las burras han dejado de ser el primer amor.

Mientras me alejo de su casa bajo un sol inclemente, recuerdo al poeta: “Claro que la burra es lo máximo del sexo / femenino pero la mula lo chupa. Y la yegua / es de lo mejor... Pero [...] El que se ha comido un burro joven sabe / que *per angostam viam* hay más contacto y placer / de entrar con ternura por donde la naturaleza / aparentemente no lo espera. Pero que recibe / en un júbilo que no lo conozco a la hembra”.

Roger Campo es un bufón y no soporta estar serio. Tiene 42 años, es moreno y flaco y se ríe de sí mismo y de su mujer, una jovencita de 18 años a la que a veces llama Satanás porque es irascible cuando la molesta.

Lo sorprende pintando con una brocha delgada las persianas de un radiador en un armatoste apoyado en dos ruedas de bicicleta, hecho con varillas y cubierto con cartón e icopor, que simulan ser la latonería de un papamóvil que el sábado arrastrará el burro de Víctor Morelo, un viejo de ochenta años al que le van a pagar cincuenta mil pesos.

Prevenido me pregunta si soy de la alcaldía porque no quiere que le pase la misma de 2016: representó a los colombianos expulsados de Venezuela, pero no quedó entre los diez primeros por haber apoyado en elecciones a Denys Chica, la oponente del alcalde.



En esta ocasión se juntó con Nino y con Raldís Núñez, profesor de educación física, para representar al papa, que anunció su visita a Colombia para el mes de septiembre de 2017. Roger haría de soldador y armaría la carroza, Raldís le ayudaría a pintar y Nino compraría el cartón y prepararía el personaje.

Si bien ahora hará un papel secundario como guardaespaldas del papa, antes fue el protagonista: disfrazó dos burras de prepago, hizo de damnificado por el invierno y también de general Alzate, un militar que se hizo famoso por haber sido secuestrado por la guerrilla de las Farc. Pero hay que ver cómo refulge su cara cuando habla del segundo lugar de 2013 con la parodia “El Violador”.

En este momento deja de pintar y cuenta con sorna que a la burra le montó en sus ancas un macho que hizo con hierro. Lo entiende cómo su amigo estaba poseído, casi excitado con los unos testículos gigantes con bolsas llenas de agua.

—En la tarima gritaba ¡justicia! y la gente repetía ¡justicia, justicia!

Mañana Raldís lo volverá a criticar, como cada año. No entiende cómo su amigo estaba poseído, casi excitado con la interpretación de su personaje.

—Joda, Roger —le dirá—, ¡cómo se le ocurre masturbar el burro en la tarima con ese montón de niños mirando!

En el barrio Los Placeres hay cientos de jinetes que van al trotar sobre una calle tapizada de estiércol. Mientras espero el inicio del Paseo de Judas noto las muestras de cariño: hombres que simulan besos, otros que acarician sus orejas grandes.

Hace pocas noches, preparando el viaje, me sumergí con humor en el libro *Señor, agúnteme la burra*, del monteriano Luis Enrique Movilla Bello. Y pensar que en América no había, “porque el burro fue traído por los españoles mucho después de diezmar a los indios [...] que si alguien enseñó al aborigen del continente a practicar el sexo con las burras, ese fue el español invasor”. Y luego Movilla insiste: “que al no





Cuando me acerco a la iglesia veo el burromóvil a lo lejos. Las puertas están cerradas. Aquí la procesión no es con imágenes de Pedro, Juan o Jesús. Los burros no van al calvario sino al reino. Eso explica que el obispo de Montería, Darío Molina Jaramillo, se haya cansado de calificar de sacrilego el Festival, porque en San Antero alteran el orden: la Semana Santa para el burro y el resto del año para la fiesta.

Me apuro y el papa Francisco no deja de ser la sensación. En su cabeza posa una mitra blanca, estampada con un burro gris que se carcajea. La casulla es inmaculada y el alba es de un verde oscuro que resalta. No hay ningún luto por la muerte de Jesús, ¡qué va!, a rey muerto, rey puesto. Sí, señor.

Cuatro hombres vestidos de traje negro son los guardaespaldas de Su Santidad. A un lado, como si no fuera suficiente, uno más se encarga de recoger las ofrendas. ¡Válgame dios!

Esta noche el cielo está en la tierra, a solo dos metros de altura en una cancha de fútbol polvorienta en donde el público bebe ron y aguardiente. En un camino de honor, delimitado con vallas de publicidad, desfilan disfrazados animales, albañiles, vendedores, campesinos y pescadores, gente del pueblo.

Solo por una semana el burro deja de ser el trabajador en el campo; es el anfitrión, el dueño de la fiesta. No hay un

veterinario municipal para atenderlos y solo se sabe que son menos, unos ochocientos, porque están desapareciendo.

—Buenas tardes gente linda de San Antero —dice la presentadora luego de una larga espera. El sol ya se esconde y a su paso deja una estela de nubes grises.

El papa levanta su cabeza y mira debajo de la tarima. El público aguarda en silencio el inicio del desfile de los dieciocho candidatos. Un burro carga una olla podrida que representa el escándalo Odebrecht, un macho hace de Donald Trump, una pareja parodia la canción *La bicicleta* de Shakira y Carlos Vives. Nada como la historia de Burrálora. En el 2016 el defensor del pueblo José Armando Otálora fue demandado por acoso sexual a una funcionaria. Entre las pruebas se ve desnudo en unas fotografías. En el concurso su representante fue declarado inocente porque el pene del político era tan mínimo que no se comparaba con la verga del macho, parecida a una boa constrictora.

—Demos la bienvenida al papa, que nos acompaña esta tarde —exclama la presentadora.

Por un costado de la cancha un burro irrumpe con un paso lento, cansino. Si el público tuviera afán no habría soportado su paciencia. Sobre la carroza Francisco levanta los brazos y bendice, solemne. Sus manos son júbilo y dibujan monacordes una cruz que nadie ve, que nadie recibe.

—Bienvenidos a Colombia —dice, impostando el acento argentino, con una voz clara, con sabor a mar. El público suelta la carcajada y lo graba en sus celulares—. Mi agenda programática estaba pactada para septiembre pero Festival del Burro es Festival, gracias Colombia por haberme invitado desde la Roma.

En la arena estallan vivas y aplausos al final de cada frase. Habla de la gastronomía, del delicioso langostino al ajillo, los ricos arroces de camarones, colitas de langosta, chipichipi, pargo frito y el auténtico Festival del Burro.

—Los bendigo en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santi, amén.

Entre el público una mujer negra de vestido claro es la única que responde dibujando la cruz en su cuerpo. ¡Quién lo creyera! No van a procesiones pero sí llenan la cancha de fútbol para recibir bendiciones.

Luego se baja de su vehículo y parece caminar sobre las aguas, seduciendo un público que se ríe y se sorprende, poseído por un influjo poderoso. No para de responder saludos y sonreír en las fotos. Los guardaespaldas lo siguen trémulos. Los niños no se abalanzan, tampoco las mujeres, el efecto es la petrificación, un estado superior. Acaba la gloria de sus cinco minutos, la presentadora lo apura y sale del escenario. Termina su cielo, regresa a la tierra. Media hora después, destinado a la ascensión, escucha rodeado entre sus hombres:

—El ganador es... —anuncian. Su Santidad no reza ni se aferra a un crucifijo, lleva sus ojos a lo alto de la tarima, en donde está el mismo cielo. ¿Y ahora? —es... ¡el burromóvil paaaapaa!

Al escucharlo, el papa se ilumina, bendecido, sublime, rey entre los hombres, se abraza con sus guardas y vuelve a ser el todopoderoso, el mismo dios que en sí confía, el infalible. Va de vuelta al cielo y reclama el premio, un cheque gigante en el que se lee seis millones de pesos.

Cuando baja a la tierra, la mujer disfrazada de Shakira le grita furiosa.

—¿Cuándo ha visto un papa negro? ¡El papa Francisco no es negro!

Es tanta la felicidad de Nino que camina directo a su casa para contarle a su mujer que acaba de ganar el primer lugar del concurso. Cruza junto a la iglesia pero no se inmuta, las puertas siguen cerradas. Este papa no va a misa, confesó a varias personas en su recorrido de la tarde, echó la bendición con la mano izquierda y ya se cree argentino.

Este papa Francisco sonríe y sonríe, le dan la mano y le toman fotos, se atraviesa en mitad de la calle para que lo abracen y detiene el tráfico anárquico de motos y carros. Esta noche se supone que resucita Jesús, pero a él no le importa, porque él es el Mesías, él es el héroe, es el dueño de esta semana, es el rey del Festival. ☺

"Qué lástima que en lugar de congratularse en el encuentro con la nueva mujer, muchos hombres teman más bien una derrota, y sigan instalados en tan precaria noción del papel masculino".

Aura López

La diferencia está en que **nos ponemos las gafas violeta**

www.mujeresconfiar.com

confiar
COOPERATIVA
FINANCIERA



Mujeres
confiar

UNIVERSIDAD
EAFIT

» **Doctorado en Humanidades** «

SNIES 101312. Res. 9593 del 25 de octubre de 2011. Vigencia 7 años. Dur: 7 semestres

» **Maestría en Música** «

SNIES 53159. Res. 3917 del 20 de marzo de 2014. Vigencia 7 años. Dur: 4 semestres

» **Maestría en Estudios Humanísticos** «

SNIES 58502. Res. 6174 del 5 de mayo de 2014. Vigencia 7 años. Dur: 4 semestres

INSCRIPCIONES ABIERTAS PARA 2018-2

A Acreditación
Institucional
Renovación
2018 - 2026
Resolución MEN 2158 del 2018
¡Testimonio de confianza!

Inspira Crea Transforma

www.eafit.edu.co/posgrados

Medellín | Llanogrande | Bogotá | Pereira | Virtual
Teléfono : (+57) (4) 4489500 Línea gratuita nacional 01 8000 515 900
E-mail: posgrados@eafit.edu.co

Vigilada Mineducación

CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA
INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS
Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café
☎ 316 668 11 82

Maxi Café

DETOX
Xpress

Recógelo o te lo enviamos a casa

Dale vacaciones a tu cuerpo y renuévate.

Incluye:
5 zumos de frutas y vegetales
1 batido
1 infusión
1 hora de asesoría

Bar El Guanábano
Carrera 43 # 53 - 21
Teléfono: 3218882506

RESTÁURATE

COMPARENDO PEDAGÓGICO

Escribo más en la calle que en mi cuaderno.
Error 999

Hago la última firma con los restos del tarro de aerosol. Mis amigos van adelante, hablan entre ellos. Nos queda un poco de pintura para gastar en las cuerdas siguientes. Caminamos por la avenida Oriental, cerca de San Diego; venimos de pintar por el Centro, sin mayores contratiempos. Son las tres de la mañana.

Alguien en una moto se acerca, desaceitera. Grafitero, dice, malparido grafitero, ¿por qué daña las rejas? Mientras vocifera, medio alterado, medio calmado, se mete la mano entre el pantalón y la camiseta. Asumo que va a sacar un arma, pero mantiene la mano cubierta. Luego ve a mis amigos y se les acerca ¡Malparidos, perros!, les grita. Una moto de la policía da la curva más adelante y sigue su rumbo. El hombre que nos grita acelera y alcanza a los policías, les explica algo con las manos. Ambas motos regresan en contravía. Yo aprovecho para dejar mi morral con los aerosoles en una caneca de la basura.

A ver, muestren las manos, dice uno de los policías. Les enseñamos las manos pintadas. El hombre de la moto, al no ver ninguna lata de aerosol, se baja y busca en los alrededores, ilumina la calle con la linterna del celular hasta que encuentra en la basura el morral con las latas de aerosol y lo arroja a los pies de uno de los

policías. Vienen pintando todas estas rejas, dice. Él tiene un arma, les comento a los policías. El hombre se desentiende del asunto, nos estampa algunos insultos más, prende la moto y se larga.

Nos piden la cédula. Ustedes vienen pintando desde El Poblado, habla uno de los agentes, quedaron registrados en las cámaras. Dos motos más de la policía llegan al lugar. Las luces azules y rojas rebotan contra las rejas, la calle, los pocos carros que pasan a esa hora. Ahora son seis los policías, igual que nosotros.

Ustedes pintaron estas rejas, no nos digamos mentiras, dice uno de los policías. En su boca le alcanzo a ver unos brackets con cauchos azules, es el único que conversa con nosotros. Otro se va con las cédulas y empieza a reportar nuestros nombres. Seamos sinceros, comenta otro: ustedes quedaron en las cámaras. La primera en hablar es Ambs, así firma, la única mujer del grupo: mire déjenos ir tranquilos, que ese man nos mostró un arma, señor agente. Habla con un tono bogotano, inconfundible. Ni siquiera pintamos estas rejas, sigue, nos gusta pintar los puentes y esas cosas; vea que trabajamos con la alcaldía, si quiere le podemos mostrar unas fotos. ¿No les alcanza Bogotá?, ¿o qué?, ¿Se tenían que venir a dañar las cosas también por aquí?, dice otro policía. Suena un radioteléfono con una voz que dice que hay un atraco en el Centro seguido de un código y un número. Uno me pregunta:

¿Usted de dónde es? De acá, le digo. No parece, contesta con desconfianza.

¿Ustedes por qué hacen esto si saben que es ilegal? Pregunta el primer policía, el de brackets. Me acerco e intento darle algunas explicaciones que han servido antes. Pero se muestra renuente. Ya avisaron en la estación que han sido detenidos los seis, dice. Nos va tocar hacerles el comparendo a todos.

Mis amigos intentan algunas salidas de emergencia, piden caridad, entendimiento. Nosotros solo estamos pintando, es pintura, nada más, explica Skore, otro de nuestro grupo. Hay muchas cosas peores. Esto es cultura. Insistimos, como última medida, en el tipo del arma. Nos asustamos, afirma Ambs. Yo advierto que me sentí violado. Uno de los policías hace un chiste, tiene acento costeño, me señala y dice: Este se sintió violado, ¿está bien? Los demás policías se ríen. El ambiente se despeja y las dos últimas motos de policía se van.

Hablo con el de los brackets. Le digo que me ponga el comparendo a mí que estoy limpio y todavía no acumulo infracciones. Uno de nuestro grupo suma tres comparendos. El policía, en un

por SANTIAGO RODAS

Ilustración: Titania Mejía

principio se muestra negativo. Es que todos cometieron el delito, arguye otro.

La multa consiste en ir a un curso pedagógico en el que explican el nuevo código de policía y estoy dispuesto a ser el mártir esta noche, pues no tengo que pagar nada por la multa.

Al oficial le parece buena la idea. Para que no tengamos que hacer los otros cinco, le dice al otro. Me alejo con él hasta un paradero de buses y lo veo sacar los formatos impresos. Llena unos espacios, habla por el radioteléfono para preguntar unos números, corrige, vuelve a llamar a la estación. Se ve torpe e incómodo. Es que esto es nuevo, se excusa cuando me quedo viendo el formato en sus manos. Si no lo hubieran reportado en la estación los dejábamos ir. Luego sigue con el formato.

Aquí vamos a poner que los grafiteros tiran la pintura a un techo y es imposible para los agentes ir por ella. Firmo cuatro veces el formato y pongo mi huella digital. Me devuelven el morral con la pintura.

Ojalá no los volvamos a coger, advierte el de los brackets. Tengo cinco días hábiles para resolver la situación. Caminamos una cuadra más con mis amigos para agarrar un taxi y vemos a los cuatro policías de hace un momento, el de acento costeño conversa con una chica de minifalda. Los alumbraba una luz tenue en el fondo donde se lee con una letra dibujada en un tubo de neón: Fase 2.

Le entrego a un funcionario la fotocopia de mi cédula ampliada al 150 por ciento y el comparendo. En el pasillo hay otras tres personas, todos con los comparendos en las manos. Uno habla por celular, dice que le va a tocar pagar dos millones, no especifica por qué.

Una mujer brama mi nombre y mi apellido. Me siento en su escritorio que consiste en una mesa de madera con un computador viejo en la mitad y varios montículos de papel, revisa mis documentos. Su multa es una tipo dos: puede pagar 208 mil pesos o puede hacer el curso pedagógico, dice. Si lo vuelven a coger por este mismo tipo de multa debe pagar el 150 por ciento del valor y hacer el curso. Elijo el curso y firmo dos veces más otros papeles. En el proceso hace chistes íntimos con sus compañeros de otros cubículos. La cita la tiene para el martes, después del festivo, explica y grita otro nombre con su apellido.

Voy a la sede de Prado del ITM. Es la una de la tarde. Mientras espero a que abran un salón leo un rato. Cada tanto llega alguien, se sienta en la jardinera y se pone a mirar el celular. El zumbido del noticiero se escucha entre los corredores.

La mujer enciende el videobeam, aparece en la presentación su nombre y debajo la palabra Abogada. Es alta y gruesa, bastante maquillada. Dice que nos va a explicar los elementos más relevantes del código. En el salón cuento veinte hombres y cinco mujeres. La abogada toma café en un vasito de plástico, sorbe y muerde los bordes. Enfatiza en que el curso tiene una duración de dos horas: pero nos podemos ir antes si ustedes colaboran. Imagino, por un momento, su día a día. Su sanción al explicar una y otra vez el Código Nacional de Policía; una especie de Sísifo burocrático, a gente que no quiere escuchar nada acerca de multas y comparendos.

En la presentación expone las infracciones y las multas más comunes, explica el sentido del código. Alguien levanta la mano. Profe, dice. ¿Entonces uno no puede hacer un sancocho en el barrio?, pregunta. La abogada intenta una justificación y al final se decide por el no. No se puede porque es peligroso, imagínese que un borracho quiera probar si la papa ya está blanda y se vaya de cabezas. Algunos sueltan una risita. Profe, ¿entonces le toca a uno hacer el sancocho en la pieza? Las risas se vuelven carcajadas. El ambiente se carga de una repentina alegría. La risa les produce a los desconocidos una especie de complicitad. Profe, pregunta otro: ¿Es que usted no ha hecho sancocho nunca en su vida?, siguen las risas. No va a decir que usted, profe, un 24 con la familia, que tin, y el sancocho en la cuadra. Eso es cultura, apunta otro. La abogada intenta poner orden, dice que el sancocho no es cultura y continúa con la presentación, pero en cada uno de los puntos que explica encuentra réplicas. Vea que a mí me tomaron una foto para un registro: de espalda, de lado y de frente. ¿Eso se puede?, pregunta uno. Otro le responde: Es que se enamoraron de usted. Usted tiene que llegar y pararse al tombo: yo soy un hombre, no voy con esas cosas de maricas. Las risas inundan el salón y la abogada se deja llevar. Otro explica que está aquí porque lo agarraron consumiendo. ¿Y la dosis mínima qué? Una de las mujeres describe cómo los policías la agredieron con su hijo en brazos. La abogada dice que los policías necesitan educación, incluso, agrega, ellos mismos han visto la necesidad. Otro comenta que lo agarraron tomándose una cerveza y por eso está acá. Sabiendo que hay gente atracando, pegándole a la mujer y a esos sí no les pasa nada, remata. La abogada pide silencio. Ya vamos a terminar, dice cansada. Profe, ¿entonces?, expresa el más hablador cuando la abogada termina la sesión. Toca hacer el sancocho en la pieza, escuchando música con los audífonos, tomando Ponymalta y tirando los globos también adentro de la pieza. Imagínese eso. Todos nos reímos.

La abogada llama a cada uno con nombre y apellidos, nos entrega un papelito de constancia del curso. Salgo a la calle, cuento la plata que tengo en el bolsillo y aprovecho que estoy en el Centro para ir a la Cabalgata a comprarme unos cuantos aerosoles. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

EXHUMACIONES

Dice Mario Jursich en su columna de *Arcadia*: "Alguien cuyo nombre he olvidado decía que, al morir, los escritores —o los artistas en general— entraban a una especie de purgatorio. En él permanecían por cerca de diez años, al cabo de los cuales, si no se reeditaban sus libros, pasaban sin más dilaciones al círculo infernal concebido especialmente para ellos: el de la irremediable desmemoria".

La sentencia es verdadera, por desgracia, pero admite felices excepciones. Muchos años vivieron a la sombra Cervantes y Shakespeare, antes de su rescate definitivo; Juan Sebastián Bach fue opacado durante un siglo por la justa fama de sus hijos, hasta que las aguas volvieron a su cauce; sin salir de estos pagos, hoy la novela *El moro*, de José Manuel Marroquín, y las de José Restrepo Jaramillo empiezan a ser miradas con otros ojos. A veces, la justicia llega.

Se dejó llevar este cronista por el cantinflesco hábito de irse por las ramas. Porque ese preámbulo excesivo le sirve apenas para confesar que en su modesta biblioteca conserva un estante para asilar autores olvidados. A todos los quiere y admira, y repasando al azar esos tomos, se topa con cinco nombres —hay más, felizmente—: tres italianos (Pitigrilli, Santucci, Guareschi), uno francés (Camí), y uno norteamericano (Runyon); de todos quisiera hablar, y se promete hacerlo; pero el espacio de estas líneas le aconseja brevedad, y opta por quedarse en Italia.

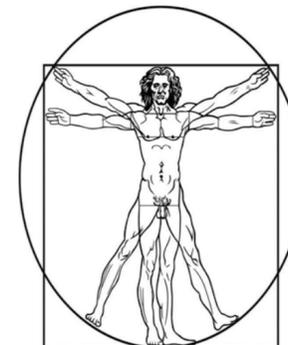
Pitigrilli, nacido Dino Segre. Novelista, cuentista, ironista. Autor de relatos admirables, como *El farmacéutico a caballo*, y *Lucha de clases*. Incluido en el Índice por su novela *Cocaína*; mereció un bonito elogio de Umberto Eco.

Luigi Santucci. Ficcionalista, comediógrafo, docente. Es autor de un libro de cuentos, *Ángeles rojos*, cuyos protagonistas son todos curas, o frailes, o, en fin, gentes de sotana. Uno de esos cuentos, *El teólogo Macrón*, es uno de los más cómicos, crueles y desoladores que este cronista haya leído jamás. Tiene pues sitio de estima entre su galería de preteridos este católico militante y miembro de la Resistencia antifascista.

Quede para el final Giovanni Guareschi, novelista, periodista, dibujante, autor de varios libros suculentos que un servidor saboreó a gusto en su tiempo. Pero su gran momento fue la saga sobre Don Camilo y Pepón, ambientada en una pequeña aldea de la posguerra italiana; Don Camilo es el cura, Pepón, comunista cerril, es el alcalde. Aunque el momento histórico está aún lleno de rencillas y retaliaciones, Guareschi construye un telón rico de gracia y de calidez humana. Sus historias fueron llevadas al cine en 1951 por Julien Duvivier, con Fernandel y Gino Cervi como protagonistas. Treinta años después, Daniel Samper Pizano y Bernardo Romero Pereiro ubicaron con gran éxito esos episodios en un espacio andino; Don Camilo (Carlos Benjumea), cura y conservador, Pepón (Héctor Rivas), alcalde y liberal, miden sus fuerzas en un pueblo milagrosamente idílico (el arte todo lo puede). Aquí terminaría este cuento, pero te informo que por estos días Señal Colombia está repitiendo esos capítulos, en horario para noctámbulos. Resístete al sueño, échales un vistazo, y verás que todo pasado fue mejor.

CODA

Cogió la pluma este escriba, con la nefanda intención de hablar de nuestra política. Se arrepiñó a tiempo, por sano pudor, y por sustracción de materia. Nos esperan malos tiempos, Pablo. Incluso a los que vivimos en el exilio. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

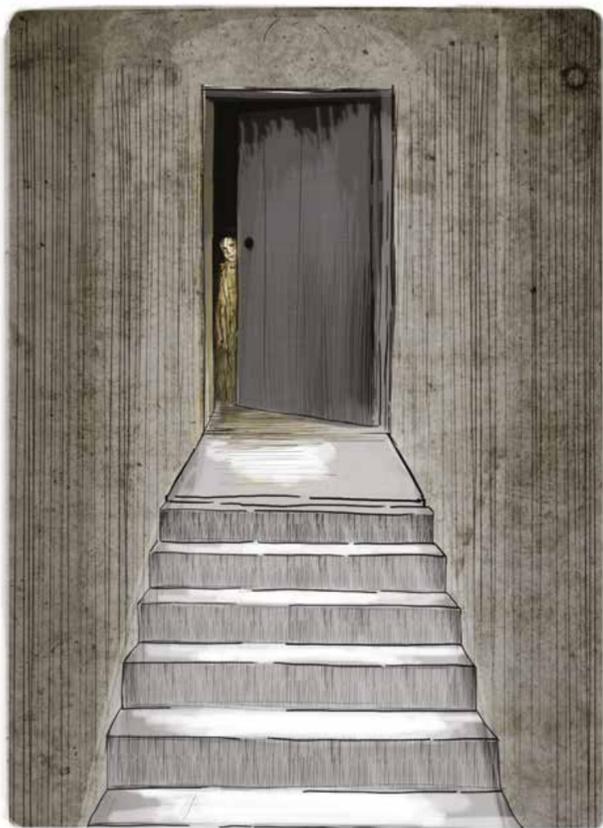


DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Dos cuentos de Amalia Uribe

Ilustración: Mónica Betancourt

No más dulces para mí

Tení ocho años cuando uno de mis tíos se suicidó. Estaba con mi mamá haciendo una tarea y me dijo que debíamos ir a recoger a mi papá a la casa de mis abuelos. Salí con ella en el carro. Me gustaba mirar la ciudad de noche y leer las placas de los automóviles.

La casa de mis abuelos era una finca grande, con un jardín frondoso y verde, en plena avenida El Poblado. En las tardes, yo salía con mi abuela y una canasta a recoger anurios e icacos. También había árboles de granadas, pomos y varios naranjos. Podía pasar horas caminando por entre los árboles, me sentía como Capercucita Roja, aunque sin la amenaza del lobo. Después de recoger flores entraba a la casa, y Cándida, la empleada, me preparaba una avena y unas galletas de soda con mantequilla. Me sentaba al lado de mi abuela, quien siempre estaba en su silla mecedora, tejiendo, y nos contábamos historias. Ella oía muy atenta todas mis peripecias infantiles: le hablaba de mis amigas del colegio, María Mercedes y Carolina; le contaba que jugábamos a las muñecas en la casa de Mercedes, pues de las tres, era la que más juguetes tenía.

La entrada de la finca era una puerta verde que se abría con un control remoto. Esa noche, cuando llegamos, ya estaba abierta. Al fondo de los rieles que llevaban a la entrada de la casa se veían luces de una sirena. Mi mamá gritó: "¡Alguien se murió!". Yo no entendí qué ocurría hasta que vi a mi papá venir corriendo hacia el carro, se acercó a la ventana y nos dijo: "Gustavito se mató".

Mi tío era un hombre huraño y cascarrabias. Se mantenía encerrado en su habitación leyendo revistas, y conversando con una amiga. La única que tuvo. Eso decía mi papá. Siempre me regalaba dulces. Yo le tenía un poco de miedo, pues se mantenía con el ceño fruncido y era muy callado; pero se me hacía un juego divertidísimo cuando él me daba una bolsa con confites y me sobaba la cabeza. Entre ambos existía un pacto de silencio. Cada vez que yo llegaba, él salía de su habitación y me llamaba, yo con un poco de nervios y de ansiedad iba hasta la puerta de su cuarto y me reía. Me decía que escogiera los confites que quisiera. Estaban siempre en un mueble pequeño de madera que tenía al lado izquierdo de su cama. Al entrar allí me sentía como en la fábrica de Willy Wonka. Al terminar de seleccionar los dulces, pensaba: "No es tan bravo", le daba las gracias y corría de nuevo al salón donde estaba el televisor y me pasaba horas allí, observando a mi abuelo, quien no se movía ni hablaba.

Días antes de la muerte de mi tío, yo estaba jugando en el comedor de la casa de mis abuelos. Subía y bajaba tres escalones que separaban el *hall* principal de la puerta de la cocina, como si estuviera saltando en una rayuela. Mi tío estaba comiendo en una mesa auxiliar del comedor y me gritó:

—¡Deje de hacer ruido, por favor!

Lo miré enfurecida, con los labios apretados y el ceño fruncido igual al de su rostro, y me senté en un escalón, con los brazos cruzados a esperar a que mis padres llegaran por mí. Sé que él se sintió mal. Terminé de comer y me dijo:

—¿Quiere dulces?

—¡No!

Él se encogió de hombros y se fue a su habitación. Yo lo observé hasta que se perdió en el pasillo y entró a su cueva. Me quedé pensando en los dulces y sentí pena por él. Cuando murió le pedí a mi papá que me llevara a su alcoba. Él me tomó de la mano y nos paramos en el marco de la puerta a mirar. Ya no había golosinas ni revistas. El clóset estaba vacío. Solo quedaba la cama con dos almohadas y un tendido de rayas amarillas.

—Papi, ¿por qué el tío no quiso vivir más? —le pregunté con la voz quebrada.

—No entendí lo que me dijo, hija. Afortunadamente se fue sin hacerle daño a nadie.

A mí se me salió una lágrima. Mi papá me dio un beso en la mejilla, me limpió la lágrima y me jaló de la muñeca para que regresáramos al salón principal. Pensé en los dulces que le rechazé, mientras caminaba con mi padre por ese mismo pasillo en el que días antes había visto por última vez a mi tío Gustavo. ©

Banda sonora

A mi madre le gustaba tomar. Todos los días al final de la tarde, mientras yo estaba en el escritorio de mi habitación haciendo una tarea, se servía su vaso de hielo y lo adornaba con algo de whisky o vodka. No me gustaba el sonido de la nevera cuando le sacaban hielo. Lo escuchaba todos los días a la misma hora. Un ruido horrible que me producía un dolor en el estómago y más arriba, que me hacía sentir enferma sin saber por qué. Hoy todavía lo siento. Creo que los dolores se vuelven parte de uno. Con el tiempo aprendimos a reconocerlos e incluso los invitamos a pasar y les ofrecemos algo de tomar. Como a esas visitas que no queremos recibir, pero nos toca, por educación y prudencia. Y así se hacen más llevaderos o, al menos, ya no nos sorprenden. Son algo que no se lleva con orgullo, que no nos define, pero que entendemos. Me demoré mucho tiempo en aprender a conocerlo, a saludar este dolor de estómago que me quema. No era el hielo, no era la nevera. Se me hacía injusto soportar todos los días el mismo ritual. Tener que cerrar la puerta y poner música a todo volumen para no escuchar el vaso reposar en la mesa luego de haberlo levantado. No asumía la idea de que esa era mi vida. Esos, mis padres. A quienes no podía acudir después de ciertas horas de la noche, porque no los encontraba. Su sueño era profundo y pesado. Sus sentidos disminuían y, por supuesto, su capacidad de reacción. Muchas tardes busqué en ellos un consejo, una palabra de aliento, y lo único que encontré fueron sonrisas torpes, palabras mal pronunciadas, ojos cerrados como queriendo dejar este mundo y sus problemas. Sentía que no les importaba. Por eso mi lucha estaba en mi habitación, intentando comprender por qué había nacido si yo ni siquiera lo había pedido. Día tras día, hielo tras hielo. En esa casa todos vivíamos embriagados.

Sin embargo, mi madre disfrutaba la bebida, pues la consolaba. Tenía una aliada. Yo, en cambio, estaba sola, y cada que vez que escuchaba el hielo crujir al hacer contacto con el líquido, sentía rabia. Me tomaba un veneno. Cada día, a la misma hora, yo odiaba: a la vida, a mis padres, a mis abuelos. A todo lo que alguna vez hubiera tenido que alinearse en el universo para que yo naciera. Y aunque mi papá también bebía, sus tragos no hacían ruido. Para sentir su ebriedad tenía que verlo, y yo lo evadía. Bastaba con cerrar la puerta y esperar a que amaneciera. Pero las noches, las noches son muy largas.



Hechos de progreso de EPM para estar en el corazón de la gente

El año 2017 fue la oportunidad para seguir avanzando en cercanía, cobertura, consolidación, crecimiento y cuidado del ambiente.

Así resumió El Gerente General de EPM Jorge Londoño de la Cuesta los avances de EPM en materia de universalización de los servicios públicos:

97% en energía Grupo EPM

95,7% acueducto Grupo EPM

92,25 aguas residuales Grupo EPM

82,75% gas en Antioquia

Hechos de progreso:

Paga a tu medida: más de 120,000 clientes/usuarios en Antioquia a 2017

Energía prepago: más de 240,000 clientes/usuarios en Antioquia a 2017

Agua prepago: más de 20,000 clientes/usuarios en el Valle de Aburrá a 2017

“GRACIAS por estos resultados en el que reconocemos el apoyo de la gente, el trabajo dedicado de muchas personas, funcionarios, proveedores y contratistas, los municipios, la academia, el sector empresarial, las instituciones y todas las comunidades que sentimos como parte de un gran equipo humano enfocado en servir, en acompañar, en ofrecer soluciones para una mejor calidad de vida.”



Referentes ¡Expande tus ideas!

Dice el sociólogo holandés Gerard Martin, en Medellín. *Tragedia y resurrección. Mafias, ciudad y Estado*, que “el sector cultural jugó un papel crítico en el proceso de redefinición de la sociedad civil, de superar miedos, silencios y de crear nuevas representaciones para hablar de la ciudad y de sus problemas”.

Con la intención de fortalecer ese valioso ecosistema cultural de la ciudad, de empoderar, visibilizar y conectar a sus artistas y a sus públicos, nace “Referentes, Expocultura 2018”, una iniciativa de la Alcaldía de Medellín. Según Lina Botero, secretaria de Cultura Ciudadana, en el evento “confluirán artistas, gestores, empresarios, programadores, compradores y ciudadanos con el objetivo de fortalecer los distintos eslabones de la cadena de valor del sector cultural de Medellín”.

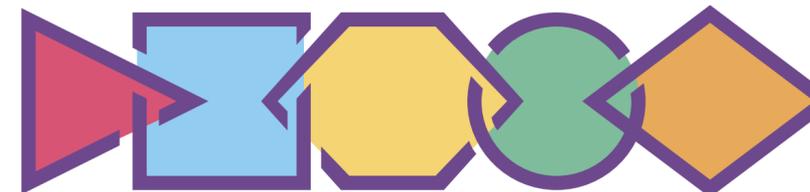
Referentes se llevará a cabo entre el 10 y el 12 de mayo en el Jardín Botánico y contará con la presencia de jóvenes cineastas como Daniela Abad y Laura Mora; Pau Brunet, productor audiovisual español; Marcela Fuentes, escritora y guionista de México; el pianista Ricky González; el trompetista Luis Aquino; el curador de arte Juan Alberto Gaviria; Flavio Salazar, del New York Ballet; Clara Rubim, experta brasileña en luces creativas para espectáculos, entre muchos otros referentes de la música, danza, teatro, artes visuales y audiovisuales, las disciplinas invitadas.

Se llama Referentes “porque buscamos visibilizar y difundir el gran trabajo y las valiosas iniciativas que los nuevos rostros que la cultura y el arte nos están ofreciendo”, dice Lina Botero, y quienes deseen asistir pueden inscribirse en www.medellin.gov.co/cultura

El público disfrutará de shows artísticos, intervenciones en espacios públicos, conferencias y paneles de discusión; y habrá talleres, asesorías personalizadas y encuentros profesionales. Las actividades están enmarcadas por “dinámicas de diálogo”, que invitan a tomarse un finto con los artistas invitados.

Uno de los postulados básicos de esta propuesta de encuentro es que la creación que no circula y no es apropiada por los ciudadanos está destinada a involucionar y desaparecer; por eso se hace necesario fortalecer la producción de los artistas y las organizaciones culturales para el mejoramiento del proceso creativo y sus condiciones técnicas, así como la gestión de las mismas.

La cultura tienen el poder de marcar el carácter de los pueblos y de transformar las vidas de las personas. Medellín ha resurgido fortalecida de sus peores crisis, en gran parte, por la tenacidad y compromiso de sus artistas, que no dejaron de crear en los momentos más aciagos, convirtiéndose en símbolos de lo que ahora llamamos resiliencia. Su trabajo nos invitan a imaginarnos un lugar mejor, a expandir nuestras ideas.



Uppercut para un tal Jack London

Se despertó con el recuerdo vívido del sueño. Lo sorprendió menos la exacta reproducción de una imagen, la clara reaparición de aquel momento evocado en la noche, que la capacidad de la memoria para revivir la forma y la textura del pezón que una vez tuvo en la boca.

Se quedó en la cama, tendido boca arriba, reconstruyendo el recuerdo. Aguzó los sentidos para ver si podía, acaso, volver a sentir aquella otra piel, respirar de nuevo ese olor, un recuerdo vago de agua de rosas quizá, que no volvió a encontrar después.

Dejó que pasara la erección antes de levantarse. Pensó en hablarle sobre el sueño cuando se vieran, organizó las palabras en su mente. Desechó la idea mientras se bañaba, no porque le pareciera inconveniente o porque lo apenara, sino porque lo sabía un esfuerzo inútil. Dudó sobre si le molestaría o no que se lo recordara.

Se demoró en la ducha hasta quitarle el olor a sudor acumulado tras los días de entrenamiento y se enfocó en la pelea del viernes en el ring de la Colombiana de Tabaco, donde vio a Pica Pica noquear a Marmolejo unos años atrás. Ensayó un par de golpes contra el chorro de agua, salpicando el techo y el suelo más allá de la cortina. Un *crochet* que juzgó demoleedor y un rápido *uppercut* con el que confiaba dejar en la lona al pegador que se hacía llamar Jack London, a quien definían, en un artículo en *El Colombiano* sobre la segunda reunión de boxeo de la temporada, como un notable luchador y boxeador de la montaña. A él, Miguel Gutiérrez, ni lo mencionaban.

Faltaban menos de veinticuatro horas para el combate con el cual esperaba poner fin a la seguidilla de derrotas que lo alejaron del calendario oficial, del aplauso del público y de los carteles con su nombre: Gutiérrez vs. Kid Manodura, Gutiérrez vs. Kid Chocolate, Gutiérrez vs. Mex Espinosa.

Eran diez asaltos, un preliminar ante pocos espectadores y sin apuestas, supuso; una oportunidad de volver al boxeo, echarse unos centavos al bolsillo y dejar de malvivir por lo menos durante dos semanas. Pero eso sería mañana. Hoy tenía un asunto por solucionar. El asunto tenía nombre de mujer. El asunto se llamaba Laura.

Dejó caer el agua fría sobre la nuca y alzó los hombros un par de veces, estiró el cuello, inclinó la cabeza hacia los lados y se encontró de nuevo con el recuerdo de esa única noche y de aquella última derrota que le dejó la nariz torcida y una ceja rota. Había visto pelear a Kid Muelas antes. Sabía del peligro de su mano izquierda. Creyó que sabría cómo pararla. Vio a Laura casi al final de la pelea, sentada entre el público, mientras el árbitro iba por el número siete y él luchaba por no quedarse tirado en la lona. Laura lo encontró luego en un rincón, sentado en un banquillo y quejándose del dolor en la mandíbula.



La conocía desde niño. Le bastaba cruzar la calle para encontrarla y salir a correr por el barrio, jugar a las bolitas o elevar cometas en los lotes sin construir que aún quedaban en Aranjuez. Fueron a la misma escuela, hicieron la primera comunión juntos. Por celos le espantó, a golpes, un par de pretendientes. Laura era de él, pensaba, pero nunca se animó a decirselo. Y no se dio cuenta de que Laura era de ella y punto, que el barrio y la vida doméstica le estaban quedando pequeños a su amiga.

Se hizo boxeador robándole horas al oficio de albañil que heredó de su padre. En la mañana alzaba ladrillos y en las tardes atinaba puñetazos... y los recibía. Ganó algunos combates, los suficientes para hacer parte de las temporadas de peleas, para soñar con ser campeón. Y luego empezó a perder, por puntos, por nocaut. Un día sí, otro también.

Se encerró en su casa a rumiar las derrotas. Apenas salía para ir a trabajar o a entrenar con desgano. Ya no se asomaba a la ventana para ver pasar a Laura, vestida de estudiante, hacia el Instituto Central Femenino. Se le estaba volviendo un recuerdo, una imagen

difusa. Por eso le sorprendió verla entre la gente mientras él estaba tirado en la lona, sin encontrar la fuerza para levantarse, y lamentó que lo viera así, derrotado y sin fuerzas, en la penumbra del camerino.

Ella le quitó los guantes ajados, le lavó la sangre seca de la cara, le frotó los brazos todavía entumecidos por los golpes. Se dejó atraer hacia su cuerpo adolorido mientras le contaba que había ido a verlo para despedirse. Apenas si la oyó decirle que se iba del barrio, de la ciudad. No la escuchó cuando le dijo adiós. La tenía atrapada entre los brazos, más incluso que a Kid Muelas antes de que se le escapara quién sabe cómo y sacara el gancho de izquierda que dio por terminada la pelea.

Laura, en cambio, no se soltó. No lo intentó siquiera. Lo dejó hacer mientras le acariciaba el pelo revuelto. Metió sus manos gruesas de boxeador bajo la falda, hundió la cara hinchada en su pecho, se levantó de golpe como hubiera querido hacerlo en el cuadrilátero y la llevó cargada hasta la camilla donde le pusieron fin a un deseo de diez años según sus cuentas, tal vez más en las de ella.

No le preguntó para dónde iba. No le pidió que se quedara. Tampoco fue a despedirla a la estación del tren. Escribió un par de cartas que nunca le envió. Recibió otro par sin estampilla ni remitente. Creyó verla alguna vez caminando por el parque de Bolívar. Luego le perdió el rastro, hasta que recibió el telegrama donde le indicaba el día, la hora y el lugar donde, esperaba ella, pudieran verse. Buscó el papel en el bolsillo del saco: 9 de abril. Café Regina. 3:00 p.m. Miró el reloj. Eran las dos de la tarde.

Estaba a punto de abandonar la espera del tranvía e irse a pie, cuando oyó el traqueteo de las latas que advertía que se acercaba; miró de nuevo la hora y entendió que ya no alcanzaría a comprarle algún detalle antes de llegar hasta el popular café, ahí en la esquina de Boyacá con Palacé.

Sintió angustia, pero antes de poder definir si era por ver a Laura o por el tal Jack London, el vehículo frenó sin previo aviso sobre la carrera Bolívar, un par cuadras antes del parque de Berrío. ¡Mataron a Gaitán, mataron a Gaitán. Godos hijueputas!, gritó alguien desde

por MARIO DUQUE

Ilustración: Hansel Obando

la acera. ¡Abajo Ospina Pérez, abajo los godos!, respondió alguien más. La noticia lo cogió con la guardia abajo. No era gaitanista, pero entendió el enojo de quienes corrían y gritaban por la calle interrumpiendo el paso del tranvía. Tampoco simpatizaba con Ospina Pérez o Laureano Gómez. Incluso, siempre pensó que en el Congreso, en lugar de curules, deberían poner un *ring*. Se abrió paso a trompicones para bajarse y vio que la multitud inundaba ya toda la calle.

Atravesó a zancadas la plazuela Nutibara, llegó al parque de Berrío por Bolívar y se detuvo en la esquina opuesta a la del Regina, que ya estaba en llamas. Corrió buscando a Laura entre la gente que huía y tardó en darse cuenta de que él andaba sobre un tapete de vidrios rotos, restos de las vitrinas hechas pedazos.

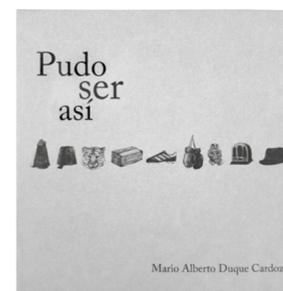
¡Abajo los curas!, le espetó un tipo en la cara. Gutiérrez lo empujó y gritó, ¡Laura! Le pareció verla, asustada, intentando entrar a la iglesia de la Candelaria. Oyó que alguien lo insultaba y pedía vivas para el partido Liberal. Sabía que el asunto era con él, pero tenía otros afanes. Quiso correr hacia donde le pareció haberla visto. Sintió una mano que lo sujetaba con fuerza y lo tiraba al piso. Alguien, no supo bien por qué, lo acusó de godo. Se puso de pie como pudo, entre la turba. Otro empujón por la espalda lo hizo trastabillar, pero ya el instinto lo había preparado. Giró sobre su propio eje y lanzó un recto con la mano derecha, veloz, seguro. Sintió quebrarse el tabique de su oponente callejero y vio cómo la sangre le teñía el bigote y le corría alrededor de la boca. Subió la guardia y esperó la respuesta del contendidor o de cualquiera de la caterva que lo rodeaba, el que se animara primero y entre más pronto, mejor, pensó.

Aprovechó los segundos de duda de los rivales para quitarse el saco. Tenía la mirada seria, brillante, y el cuerpo tenso previendo posibles ataques. Se sintió libre para mover el tronco y los brazos. Con el raballo del ojo vio venir el golpe torpe, pero rápido. Lo paró con la izquierda y cambió de perfil para tenerlo de frente. Calculó que podía pesar alrededor de 73 kilos, trece más que él, y que era un poco más alto. Para como estaban las cosas, le pareció un buen contendidor.

Tenía claro que esta no era una pelea que se ganaba por puntos y decidió no ahorrar en golpes. Lo midió con un *jab* que el contrincante esquivó echando el cuerpo hacia atrás. Le buscó el riñón con un gancho bajo, cierto, pero olvidó mantener la izquierda en guardia y le dio tiempo al gañán para que le asestara un puñetazo en el pómulo y otro más en la boca del estómago que resistió con la entereza que aprendió en los cuadriláteros. Detuvo un tercer golpe que lo obligó a dar un paso atrás. El púgil callejero se le vino encima, fiero pero sin guardia, y Gutiérrez aprovechó para lanzar otro directo que devolvió a su rival casi un metro, sin llegar a tumbarlo.

Le tocó su turno de atacar. Oyó gritos a su espalda y le pareció reconocer en ellos el aliento del público. Golpeó las costillas del tipo como si fueran un saco de arena y repitió el golpe en el riñón. Vio cómo se doblaba el cuerpo de su adversario, cómo su mentón se le presentaba claro e indefenso. Se inclinó un poco a la derecha, flexionó las rodillas apenas lo justo, preparó el *uppercut* que tenía reservado para el tal Jack London, se sintió lleno de fuerza, valiente, ganador.

El golpe en la nuca le causó más sorpresa que dolor. Dejó de oír los gritos y entendió, al ver la inclinación del edificio Olano, que estaba cayendo. Sí había público, pero comprendió tarde que no era a él a quien alentaban. Quiso, pero no pudo levantarse. El tercer puntapié le reventó la boca. Tenía la mejilla derecha contra el piso, cortada por los vidrios, los ojos abiertos, fijos en el otro lado de la calle, donde vio a Laura dar vuelta y correr, alejándose del fuego, de los disparos que empezaban a escucharse, del tropel. ©



Pudo ser así
Mario Duque
Frailejón Editores
2017

MUSEO D ANTIOQUIA



La BANCA AZUL

Patrocina Fundación MUV

Nuestro proyecto para impactar el centro de Medellín desde nuestra colección bibliográfica, reivindicando la lectura, la escritura y la oralidad como posibilidades para acceder a ideas y conceptos transformadores, empoderantes y movilizadores.

Lecturas a la Plaza, 18 de mayo, 2:00 p.m.

Microtalleres a la Plaza, 30 de mayo, 2:00 p.m.



360°

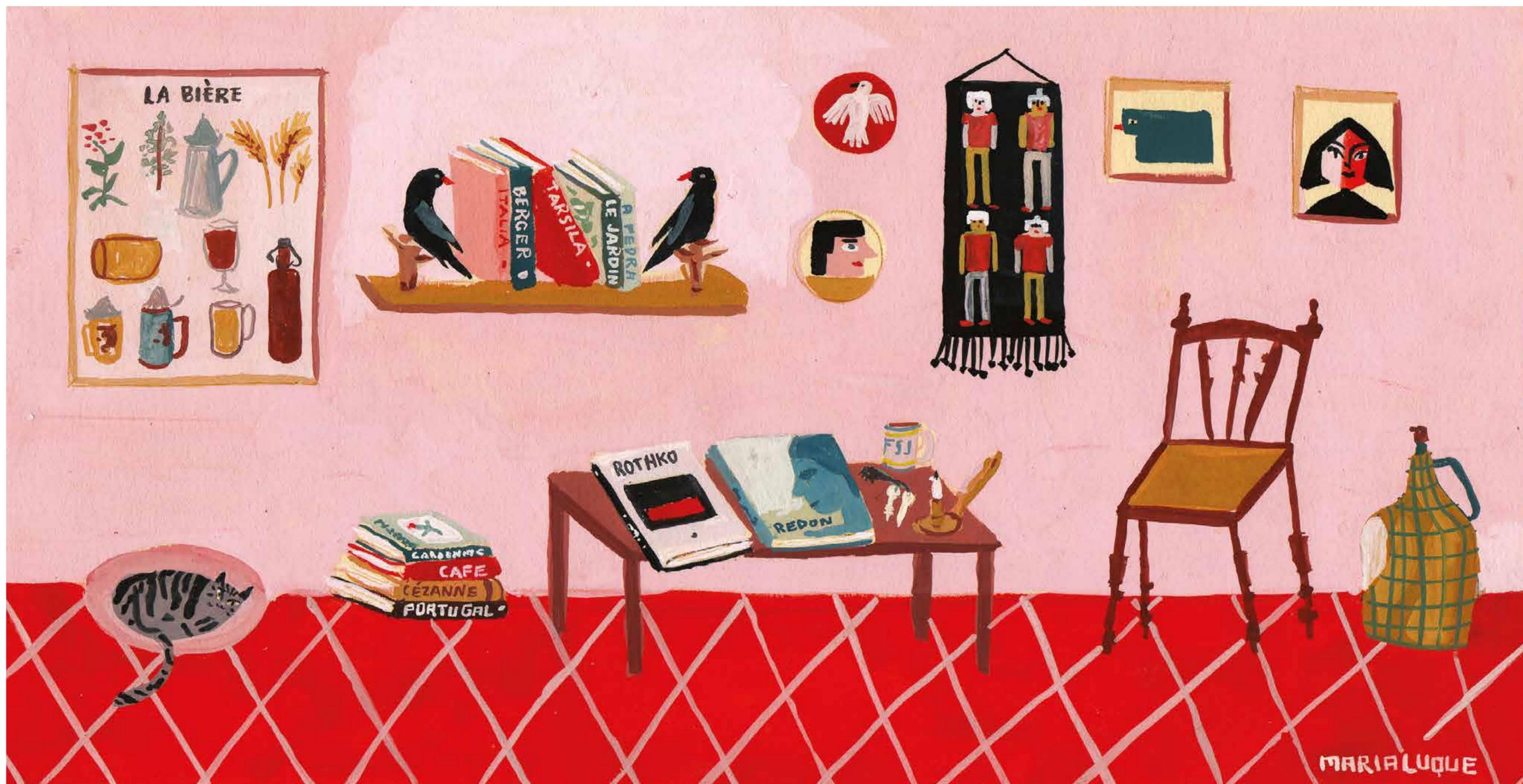
FESTIVAL INTERNACIONAL DE CÓMIC Y DIBUJO
ENTRE VIÑETAS 2018

(fig. 2-Cuerpoespín)

Medellín
7 al 12 de mayo
WWW.ENTREVINETAS.COM

comfama



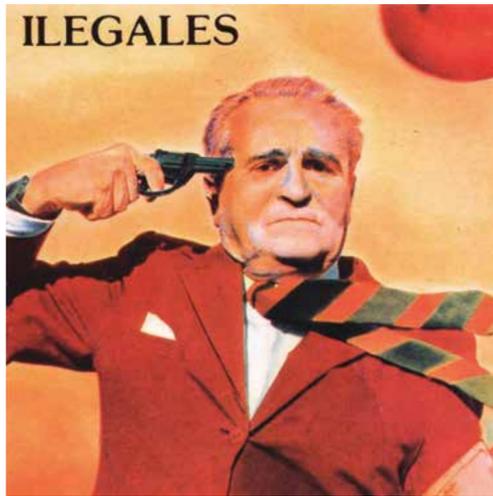


María Luque
La bière
Gouache sobre papel
21 x 12 cm
2018

El trabajo de la artista argentina María Luque se exhibirá en el marco del **Festival Entreviñetas 2018** que se celebra en Medellín entre el 7 y el 12 de mayo.

Agítese antes de consumir

por ANDRÉS DELGADO



Tiempos nuevos, tiempos salvajes

Ilegales

La cárcel es un juego de supervivencia, se gana un hermano y a la vez un enemigo, y en esa decisión, por supuesto, comienza el acecho. No eran más que una banda armada buscando un sitio en cualquier parte. Y aunque caminen nunca llegarán. “Delincuentes juveniles ayer, hoy hombres peligrosos. Viejas caras, nuevas caras, pero las mismas cabezas”.

En febrero desocuparon el patio número cuatro. Para echarle un ojo desde arriba, bastaba pegarse a la reja y ver la cancha. Corrió el rumor de que se utilizaría como patio para mujeres.

Cuando llegaron, los muchachos se fueron contra las rejas para gritarles e intentar saludarlas. Fue todo un suceso. Estaban abajo, casi a setenta metros de distancia. No se podían lanzar utensilios de aseo, drogas o puñales. Carlos Cebolla, el cacique, estaba fascinado con una reclusa de pelo largo y negro que a lo lejos se veía muy linda.

Al segundo día Carlos comenzó un juego con una toalla de baño. Funcionaba como una tripa de plastilina. Dibujó una letra contra la reja. Luego la otra y la otra. Lo llamó “el chat”. Las reclusas muy rápido entendieron el procedimiento y comenzaron a leer los mensajes. Ellas también utilizaron el mecanismo. Carlos estaba feliz. Supo que se llamaba Camila, era de Bucaramanga y tenía veintitrés años. Todos los días cruzaban mensajes por el chat. Pasaron dos meses y decidieron solicitar el permiso para “la conyugal” y fue un éxito.

Carlos aprovechaba para llevarle una ración de marihuana en el dedo de un guante de látex. Para sortear las requisas, tragaba el dedo y en la pieza, durante el encuentro lo vomitaba. Ella lo introducía por la vagina y así franqueaba los controles de los perros. Esa mujer no creía en nadie. Era la mujer del cacique.

Según decía estaba acusada de porte ilegal de armas, un caso menor. Eso decía. Carlos supo que ella saldría muy pronto. Camila quedó en libertad y le prometió su amor y su compañía. Al día siguiente de lograr su libertad, cuando salió de su casa, la esperaban dos hombres en moto con pistolas. A mitad de cuadra le metieron cuatro tiros y fue todo.

En las noches a Carlos le daba por poner el tema de Ilegales: “Si no visito tu tumba, si no invoco a tu fantasma, si no vivo en el pasado, si no tomo tu veneno, si no estoy en el infierno, es solo que al final, todos somos traidores”. Y remataba con otra canción: “Tiempos nuevos, tiempos salvajes, toma un arma, eso te salvará”.



Hallowed be thy name

Iron Maiden

Durante la noche me atan las manos y ajustan una capucha negra. Alguien grita desde un hueco: “Dios está contigo”. Me empujan y caigo de rodillas. El golpe. El dolor. La inconciencia.

Cuando despierto sé que estoy en la parte trasera de una camioneta. Me siento desorientado y ciego. La sensación de haber viajado mucho. Escucho el rumor de la tormenta cuando atravesamos las avenidas. Las llantas escupen láminas de agua. El miedo me aprieta la garganta y desata presentimientos cada vez más siniestros. Estos tipos escuchan una canción de *heavy metal*, una voz aguda que parece una premonición: *it really the end, not some crazy dream?* Mis manos tiemblan y no dejo de recordar las imágenes del cuerpo de Mario. El pobre de Mario con marcas negras en la piel, grabados de electrodos y sellos de hierro caliente. Me siento avergonzado sabiendo que no lo habría resistido, y lo dijo todo, todo sobre el respetable al que santifico. Sabemos tantas cosas de él. Y ya que dimos los nombres de los testigos en su contra no queda más que mandarnos al papayo. Incluso ordenó nuestra desaparición. Mario lloró y lo dijo todo. Acabaron con él y lo dejaron desnudo y tirado en un caño. En la autopsia encontraron restos de lidocaína: evidencia de las inyecciones que un doctor le suministró para que despertara luego de perder el conocimiento a causa de los choques eléctricos y los sellos del metal ardiendo sobre su piel. Lidocaína para evitar que su corazón se detuviera. Pero sobre todo para mantenerlo consciente y sintiendo dolor. El santificado deja su mensaje, todos lo leemos, sabemos que lo sucedido a Mario le puede suceder a nuestras familias. A mi Eliza, por ejemplo. Ya asesinaron la hija de un general, dizque intoxicada, todos sabemos lo que sucedió en realidad. Por eso lo mejor es quedarse calladito.

La camioneta se detiene y el motor se apaga. Unas manos me agarran y siento el cemento bajo los pies. Me quitan la capucha y veo el nudo de la soga. Desde allí colgará mi cuerpo. La atmósfera está cargada de un intenso olor a noche y lluvia, el olor de un mundo que no fue para mí.

Intento respirar para detener el terror que me invade. Es falso eso que se dice, que al tener la muerte al frente se recuerda la vida en unos segundos. Yo no recuerdo la vida, recuerdo a mi hija, y todo el tiempo que viví con ella. Eliza, la pequeña Eliza. Los bafles del carro truenan. Atrapa mi alma, atrápala, pues está por echarse a volar. *Mark my words, believe my soul lives on, Don't worry now that I have gone, I've gone beyond to seek the truth.* Cuando sabes que tu tiempo se acabó empiezas a entender que la vida es solo una extraña ilusión. Y ya no tienes otra oportunidad para tratar de hacerla diferente. Santificado sea tu nombre.

Ponerle letra a las escenas de los narcos. Imaginar la música de sus vueltas. Gritar el top cinco de sus venganzas. De eso se trata este intento con cuatro temas y cuatro muertos.



The sentinel

Judas Priest

Desde el balcón se extienden la noche y las bombillas titilantes. Un plon y se retiene el humo, contener, sujetar, sujetar. Un breve ahogo y se descansa. Lento, pausado, una nube blanca y espesa. Ya no somos nada comparado con otras épocas cuando éramos los patrones. Cuando nos poníamos zapatillas Zodiak, camisa de chalis, *jeans* de doble costura y escuchábamos glam de Poison y Motley Crue. Ahora solo somos simples proveedores de cocaína y pasta base. Ya lo dijo un periódico: “Saltamos de patrones a lavaperros, de capos a cocineros”.

La semana pasada vino un mejicano y nos propuso un negocio muy peye, un cruce malo, pero ¿cómo le decíamos que no? Ahora ellos eligen sus cruces, sus contactos, y claro, como nosotros estamos un poco aporreados, bajitos de personal y de plata, entonces tocó obedecer, cómo le parece, así nos creamos mucha cosa, ellos ya vienen a mandar, a mandar con toda.

No pasa nada, todavía no pasa nada. “La campana de la catedral rasga el silencio del aire”. Otro plon y los pulmones se expanden, abiertos, contener, contener y el ahogo, la pequeña angustia, la asfixia. Exhalar despacio.

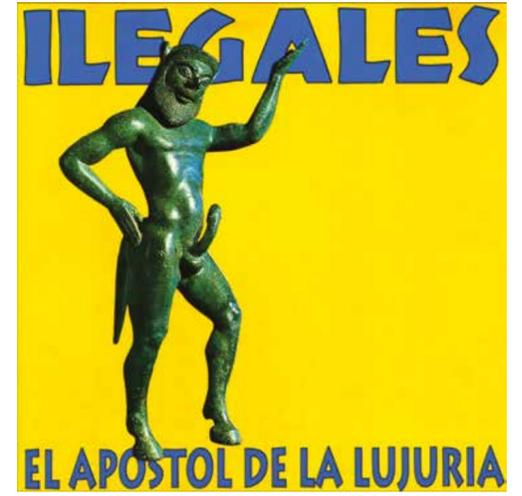
A la finca llegaron diez camionetas, una a una, y nosotros decíamos, Eh, quíay, quién es el patrón. Resultó ser un man muy pintoso y luego supimos que era de los Zetas, y Jorgito me dijo, ¿pero los Zetas no son manes calvos y tatuados? No hombre, esos son los maras. Lo cierto es que luego de la captura de Sebastián los narcos manitos perdieron el flujo de coca y están buscando consolidar nuevos proveedores.

Pero eso no es nuevo, o mejor, ya lo veíamos venir. Con esos acuerdos de paz con las Farc, que eran unos magos para producir de todo lo que demandan los mejicanos, que eran y que son, que siguen siendo, ahora que los guerrillos no están, no están pero siguen estando, se dejaron venir los carteles de la frontera. Vienen a comprar directamente y a asegurar que no les falte, como decía el mancito mejicano con cara de ingeniero: “Para garantizar el flujo”. Así decía, yo qué culpa.

Apretar los labios y sacarlo lento, sin afán en un chorrito de humo delgado, potente y dirigido. Ahora sí, estallada la realidad, hecha pedazos, el presente en añicos, reventado. Adentro, en la sala, junto al balcón, las luces apagadas, sigue sonando Judas Priest.

A los mejicanos les tocó trabajar el doble, pero están ganando mucho más. Ya no son intermediarios. En vez de trabajar con un solo proveedor capaz de suministrarles diez toneladas, ahora tienen que encontrar diez diferentes que entreguen una cada uno. Pero la compran más barata. Y eso los va a poner en la cima, en la propia cima.

Esa música viene rugiendo. “Los perros aúllan en los callejones”. Afuera la noche, la oscuridad, viene el centinela de Sonora. Otro plon y la garganta del Valle de Aburrá arde como una pila roja en llamas. Y nosotros quedaremos como lavaperros. Ojalá pudiéramos armar un combo bien teso para hacerles contrapeso a esos mejicanos.



He decidido comportarme

Ilegales

Tengo el cuerpo lleno de cicatrices. Se me cae el pelo. Tengo fobia al compromiso. Encerrados en la pieza del Hotel Nutibara, las paredes cargadas con una alucinante atmósfera dorada. El sol baja por San Cristóbal filtrándose por las cortinas de la pieza. Damato escribe secretos con un marcador sobre la espalda de Clara. Secretos en negro sobre una piel de bikini. Tengo fobia al compromiso pero soy muy posesivo, repitió Damato y lo anotó sobre un omoplatito de modelito Vogue.

El maldito ácido siempre traía sus inconvenientes. “He decidido comportarme, he decidido reformarme, he decidido controlarme”. Nadie aguanta con los secretos ajenos sin quedar reventado. Ni con los propios. “He decidido comportarme, sonreír a los idiotas, recibir a las visitas casi sin anestesiarme. He decidido reformarme, contestar preguntas tontas, soportar a los artistas sin asesinarlos”. Los efectos de los deslumbramientos intentando no separarse.

Cambio de manos y Clara sostiene el marcador. Escribe sobre la espalda gruesa del hombre: No sé escoger. Tengo mucho miedo a ser rechazada. Damato no abandonaba la idea de sus cabezas podridas con esa cantidad de tinta, con esa cantidad de miedos. ¿Ahora quién va a olvidar esta mierda? Nadie, nadie olvidará este puto sol de Medellín. Me asusta el futuro. Cambio de rol y de manos. Me gustaría presentarte a mi papá. Cambio. No soporto el mal alieno. Yo no soporto a los niños. Ni mercar cada quince días. Yo pido siempre a domicilio. Pero me gustaría aprender a cocinar. Asar carne. Cocinar frijoles. Lentejas. Me gusta lavar el baño.

“He decidido comportarme, controlar mis intestinos, ignorar mis apetitos y aguantar hasta a tu madre”. Podemos intentarlo sin dejar de apostarle al fracaso. Estoy decidido a mongolizarme. No me gusta lavar los platos. No me gusta rasurarme. Nunca serás mi mejor polvo. Me encanta que hagan ejercicio y tengan brazos fuertes. Que se bañen antes de desayunar. He decidido controlarme. No me gusta que no anden descalzas por la casa. Me encanta andar descalza por la casa. Quiero dejar de pensar que voy directo al dolor. Cambio de rol y de manos. Soy obsesivamente perfeccionista. Cambio. Odio las pelis con subtítulos. Cambio. Nunca digo: te quiero. Cambio. Me da miedo no ser correspondido. Cambio. Nunca he querido a nadie. Así son las jodidas relaciones amorosas. Cambio. Una secuencia de valores inyectados. Una secuencia de valores negociados. ¿Res tú? Sí, soy yo. ¿Para mí? Para mí. ©

Poemas por JUAN JOSÉ FERRO

Lotería

Ya merezco ganarme una lotería gorda como las que se acuestan en mi cama y no volverán cuando los gordos sean mis bolsillos flacas pero más ricas mis ganas putas son todas si no lo fueran amanecerían con otro.

Con el ganador del carro cero kilómetros que rifa el cine a quienes ven la película con un balde de maíz del tamaño de su hastío. Del nuestro, aunque yo no como. Rabia y hambre siente la gorda a mi lado.

O con un viaje para dos personas todos los gastos pagos a la mejor nueva isla del Caribe. Me conformo, por mucho lo merezco, aunque me sobre una persona, media isla, un cuarto de materia gris.

No paso hambre, no se me malentienda. Pasa que la vida no es justa para nadie pero conmigo se ha dado el gusto de pagar en parte las deudas cuando ya la cordura olvidaba.

Merezco ganarme una lotería por puro cansancio de creer en el trabajo, no de trabajar, de sudar sin ejercicio, de saber que la vida pone a cada cual en su lugar y después le da binóculos para espíar el del vecino.

Ya merezco una equivocación de alguien a mi favor, una ñapa, una propina del mundo hacia quien lo ha tratado con respeto y a cambio de tomar poco ha dejado nada.

Se ve, merezco ganarme la lotería para asomarme al mundo con menos amargura o con la misma y menos ansias. Una lotería modesta, de barrio rojo, para no abandonar la elegancia mínima, de ser más desdichado que cursi.

No sé si las putas juegan la lotería, no me atrevo a preguntarles. Deberían. No por putas por personas porque no se puede seguir en pie sin confiar en la suerte.

En una decisión los valores que las personas asignan a ciertos resultados no son idénticos a los valores de la probabilidad de esos resultados. Los resultados improbables son sobreestimados y los resultados casi ciertos son subestimados.

Merezco una llamada de mi banco anunciando que el azar me escogió, uno de cada quinientos clientes.

Muchas gracias por confiarnos su dinero, señor Ferro. ¿Hay algo más en que pueda servirte? Recuerde que habló con Carolina Cerón.

Con fruta natural

Él le pasa a ella un pedazo mediano de paleta de naranja. De su lengua a la de ella le pasa el pedazo porque no puede pasarle la sed o ya se la pasó cuando el bus iba demasiado lleno para que alguien los viera.

No es el bus entero quien los mira pero igual celebra esa miniatura de iceberg, y de naranja, en una tarde calurosa. Como celebra los mensajes que envían quienes no miran, corazones palpitantes en la memoria de sus aparatos, en la suya, amorcito.

Ahora ella le devuelve a él un pedazo más chiquito de paleta sabor a naranja, con fruta natural, y se queda un momento, menos de un segundo, una eternidad, en el placer de las dos lenguas, una todavía caliente, tocándose. Dos lenguas que trafican saliva eso es todo.

Contiene fruta natural, dice el empaque. Es manzana, en jugo, pulpa pasteurizada. Nada gana quien lo sabe.

Nada es lo que parece, dirá alguien, para no pensar que bien visto todo acaba por parecer lo que es. Él le pasa la paleta porque nada gana pasándole su historia, no están en edad de pelotearse sus intimidades.

Dos personas se quieren, ¿y eso qué?

Ahora una mano agarra la paleta y otra agarra la mano que agarra la paleta para poder dar el mordisco.

Es mejor eso que morderse las generosas carnes, aunque eso también lo hacen. Es mejor el sabor artificial que la naranja. No carga gusanos, como la vida de cada uno. Una miniatura de la soñada, pero a pedazos dulces. O algo así.

Ese bus es el transporte del milenio y a quién le importaría que no lo fuera, si nadie vive un milenio si nadie vive más que el tiempo necesario para derretir una paleta.

Cada sabor natural proviene de cientos de químicos que interactúan. Los artificiales, en cambio, tienen uno o unos pocos componentes químicos que cargan la mayor parte del sabor. A muchos de estos sabores se los conoce como ésteres. Por ejemplo, el éster llamado Acetato de octilo (CH3COOC8H17) es un componente esencial del sabor a naranja.

Se me congeló el cerebro, dice alguno de los dos. Eso es por comer tan rápido, dice el otro. Se equivoca. El cerebro lo congela comer paleta, de naranja, pensando en la paleta.

Nos dieron peras por manzanas Cuando fue nuestro turno de elegir no sabíamos cuánto queríamos naranja. Sabor a.

Los pasajeros de este bus no sabemos si también descansa los domingos el laboratorio donde sintetizaron este mundo.☺

CONVOCATORIA

El Club Fotográfico Medellín convoca al Salón Colombiano de Fotografía 2018 XXV Bial que será por primera vez digital.

Salón Colombiano de Fotografía 2018

XXV

Bial

Este año la Bial hará parte del gran encuentro FOTOCOLOMBIA, organizado por el MAMM, en Noviembre en Medellín.

PARTICIPANTES

Personas naturales colombianas, residentes en el país o en el extranjero. Extranjeros residentes en Colombia. Menores de 18 años requieren autorización por escrito de sus padres.

TEMAS

Pueden inscribirse hasta 9 imágenes a color, monocromáticas o en blanco y negro de los siguientes temas:

Naturaleza • Arquitectura - Espacios urbanos • Documental - viajes • Libre

COSTO DE INSCRIPCIÓN

Hasta 3 fotografías: \$30.000 • Hasta 6 fotografías: \$55.000 • Hasta 9 fotografías: \$70.000

PREMIOS

Primer premio portada del catálogo y **\$3'000.000.** Se otorgará un premio al ganador de cada tema de **\$2'000.000.**

El jurado podrá otorgar menciones honoríficas a obras que a su juicio se destaquen en alguno de los criterios de juzgamiento.

CATÁLOGO

Cada participante recibirá gratis un catálogo digital con las obras seleccionadas para la exposición. En la ceremonia de premiación se entregarán catálogos impresos a los participantes del concurso.

CRONOGRAMA DE LA BIENAL 2018

Lanzamiento de la convocatoria
Fecha límite de entrega
Sesiones de votación de los jurados
Comunicación de resultados

Abril 22
Agosto 15
Septiembre 30
Octubre 15

EXPOSICIÓN

Las obras premiadas, junto con las seleccionadas por el jurado para la exhibición, serán publicadas en la página web del concurso y exhibidas en una exposición colectiva en el marco de FOTOCOLOMBIA en Medellín. Los organizadores del concurso podrán imprimir las fotografías en el formato que mejor se ajuste a las condiciones de exhibición.

CONSULTE EL REGLAMENTO EN
www.clubfotograficomedellin.com
 @clubfotograficomedellin  clubfotografico
clubfotograficomedellin60@gmail.com



CLUB
FOTOGRAFICO
MEDELLÍN

Radiohead y su trabajo sucio

por ALEX JIMÉNEZ



Tomada de: <http://faroutmagazine.co.uk/radiohead-set-to-release-new-single-i-promise-next-week/>

Todo el horror que almaceno en mis odres
León de Greiff

La imagen del horror como un vino quieto que se añeja a la espera de ser bebido podría relacionarse con la idea de la catarsis. En *Musicofilia*, Oliver Sacks relata una experiencia personal de pérdida: sus emociones se congelaron y él cayó en un estado de depresión tras la muerte de un ser querido. Logró salir gracias a una composición de Jan Dismas Zelenka, *Las lamentaciones de Jeremías*: “De repente, mientras escuchaba, me encontré con los ojos anegados en lágrimas. Mis emociones, congeladas durante semanas, volvían a fluir. *Las lamentaciones* de Zelenka habían roto la presa”. Más adelante, Sacks se sorprende de la paradoja de esa música capaz de traer dolor y consuelo al mismo tiempo. Esas “lágrimas congeladas” que se beben como un vino añejo tienen el sabor de algunos versos de *Anatomía de la melancolía*: “Nada tan dulce como la melancolía”, “nada tan amargo como la melancolía”.

Siempre me sorprende cuando la gente afirma que Radiohead es una banda depresiva. Si entendemos la depresión como el estancamiento en la tristeza, casi podríamos afirmar que no existe música depresiva, sino usos depresivos de ella: recurrir, por ejemplo, a canciones felices para negar el dolor. Cortázar lo expresó así: “Solo hay un medio para matar los monstruos: aceptarlos”. Eso implica trabajar sin resistirse a la herrumbre. Thom Yorke parece saberlo: en una

entrevista, cuando el presentador le hizo notar que sus canciones solían usarse como fondo para imágenes de devastación, él respondió: “Alguien tiene que hacer el trabajo sucio”. La palabra catarsis significa purificación; el vocablo *kathartes* significa “los que limpian” y se usa para designar a una familia de aves carroñeras, de la que proviene el gallinazo, cuya función en la naturaleza es devorarse la podredumbre. En ninguno de esos casos se puede trabajar con repugnancia. Radiohead podría ser el referente más visible de la catarsis en nuestra época, por lo menos dentro de lo que se conoce como cultura popular. En una de sus últimas canciones son explícitos al respecto. Casi todos sabemos que a Thom Yorke le interesa el baile, y lo propone como una manera de defensa en *Present Tense*:

This dance / this dance
It's like a weapon / like a weapon
Of self defense / self defense
Against the present / against the present
Present tense

En el libro de Sacks, al igual que en otros ejercicios de terapia musical, la música vocal es la que parece conmover de una manera más profunda a las personas con depresión. No es algo que se deba al contenido lírico, sino a la intención de la obra: en el mismo libro, una mujer cuenta una historia similar a la de las lamentaciones de Zelenka. En su caso, el *Réquiem* de Brahms es el que ayuda a que las emociones fluyan: ella anota que no comprende lo que dicen las palabras. El asunto debe estar enraizado en un lugar remoto de nuestro tallo cerebral, cuando nuestra supervivencia dependía más del oído y del olfato. La voz es el primer instrumento musical y apela a lo más hondo del ser humano. Por eso, creo, es un error pensar que la letra de una canción sea especialmente relevante, salvo acaso por un

par de líneas. Eso, además, explicaría por qué las de Dylan son insoportables si las abordamos desde una perspectiva distinta a la literaria. Precisamente porque las letras de Radiohead no abundan en artefactos tan elaborados como los que ofrece, por ejemplo, Tom Waits, su música podría servir como un repertorio de trucos narrativos.

Existe una discusión entre quienes defienden la idea de música absoluta y quienes defienden la de música programática. “La música no representa nada distinto a ella misma”, es la tesis de los primeros. El hecho de que existan obras cuya naturaleza programática aún está en debate debería sugerirnos que en realidad esas discusiones importan menos que la manera en que nos acercamos al arte.

Borges escribió en uno de sus prólogos: “Nadie puede contar el argumento de un texto de Cortázar; cada texto consta de determinadas palabras en un determinado orden. Si tratamos de resumirlo verificamos que algo precioso se ha perdido”. Si quisiéramos resumir una composición musical nos encontraríamos con la misma imposibilidad. Según sus propias declaraciones, Cortázar —tan cercano al fluir natural del zen y a las improvisaciones del jazz— nunca corrigió sus cuentos. *Continuidad de los parques* es la excepción. Así pues, es posible que los cuentos de Cortázar sean improvisaciones: por eso las lecturas que buscan burdas equivalencias con elementos de la realidad nos parecen pueriles: “Los conejitos que vomitan en tal cuento son recuerdos”, “la casa tomada es el peronismo”; tal vez sea pertinente recordar aquí la queja de Johnny Carter en *El perseguidor*: “No se puede decir nada, inmediatamente lo traduces a tu sucio idioma”. En Cortázar vemos elementos literarios cuyo propósito sería generar una experiencia similar a la de la música. El resultado no es una historia con hechos e ideas que le dan forma, sino una sensación incommunicable, que pierde la carga emotiva cuando tratamos de acercarla a la razón.

Algo análogo podríamos encontrar en Radiohead: elementos musicales cuyo propósito sería generar una experiencia similar a la de una narración. El resultado no es una historia con hechos e ideas que le dan forma, sino una sensación incommunicable, que pierde la carga emotiva cuando tratamos de acercarla a la razón. En una entrevista para *Melody Maker*, Johnny Greenwood dijo que en “The tourist”, la última canción del *Ok computer*, Radiohead quería evitar la obligación de que algo —un motivo, un sonido, un detalle mínimo— ocurriera cada tres segundos. Esa costumbre musical podría compararse con una narrativa: García Márquez explica cómo se ayuda del vuelo de una mosca o de un trueno que cae como un reguero de piedras para que el lector nunca baje la guardia. Escuchar el *Ok computer* con audífonos podría ayudar a comprender los trucos narrativos a los que me refiero. Las letras importan poco: quienes

tenemos dificultades para entender el inglés oral encontraremos aquí una ventaja.

En un falso dilema propuesto en una entrevista sobre si su música era un reflejo suyo o la construcción de un mundo paralelo, Thom Yorke se inclinó sin dudarlo por la segunda opción. Si me pidieran elegir entre la música que frecuento a un grupo cuyas composiciones se parecieran a las diferentes formas de la literatura fantástica, elegiría a Radiohead. Si fuera a un solista, elegiría a Björk.

Una de las canciones más queridas por los seguidores de Radiohead es *Let down*. El ritmo, la armonía y la melodía no presentan ninguna dificultad. Sin embargo, mientras la canción está a 4/4, el motivo principal de Johnny Greenwood está a 5/4. Es algo casi monstruoso que ocurre de manera delicada. Ese motivo podría compararse a un personaje que hiciera parte de una historia porque no logra encajar por completo en ella, como ocurre en *El castillo o La condena*.

En ese mismo álbum se encuentra *Climbing up the walls*, una canción sobre una entidad que vive dentro de nuestra cabeza (“open up your skull, I'll be there”). La música no se limita a acompañar la letra: le da una atmósfera y una profundidad narrativa. Hay detalles que refuerzan la idea central: la voz está grabada dos veces, y una de ellas, que podría ser una especie de sombra de la principal, está distorsionada. El momento que nos lleva al desenlace dramático viene con el solo. La historia del ser maligno que nos habita y que trata de abrirse paso a través de nuestro cráneo es narrada de nuevo por un solo que parece rasguñar las paredes gracias a una nota larga de una gran tensión; cuando esa nota descansa en el siguiente acorde lo hace en el quinto grado, que es de tensión; después vuelve a generar tensión al quedarse largamente en la quinta disminuida; cuando la nota cae al lugar donde se esperaría el reposo, no llega a un tono que esté dentro de la triada de mi menor, sino a un fa sostenido. No hay descanso para los malvados, dice un versículo de Isaías. Basta escuchar la canción desde el minuto 3:07 hasta el 3:32 para percibirlo.

Videotape es una canción cuya sincope es motivo de debates que no comprendo en videos empalagosos de Youtube. Ya que nos gastamos la vida en cosas como el trabajo, podríamos hacerlo en videos de 38 minutos que explican dónde se esconde la sincope. Ese elemento musical invita al movimiento. Pero el hecho de estar escamoteado nos daría la sensación de que el impulso es producto de algo casi mágico. Ese artificio del veneno oculto que opera casi sin dejar rastro como en los cuentos de Carver es el culpable de que sintamos compasión por el violador y asesino de *Diles a las mujeres que nos vamos*. Pienso también en *El viejo y el mar*, en el que pareciera que algo infinitamente más profundo está acechando atrás de cada línea: no en vano Faulkner, que acusaba a Hemingway de no mandar nunca al lector a un diccionario, declaró que ese texto era lo más grandioso que se había escrito en su generación.

III

Es la lucha —no la victoria—
lo que nos complace
Blaise Pascal

En la música se habla de una tensión que busca resolución. En Radiohead encontramos una tensión esencial que nunca se resuelve por completo y que se disemina en diferentes aspectos. Esa particularidad, que tal vez sea un asunto de nuestra época, es especialmente visible en ellos. En sus clases para la televisión pública argentina, Ricardo Piglia asegura que Borges es interesante porque en él hay una pugna de dos tradiciones, sin que una logre erradicar a la otra. Esa lucha sin vencedor ocurre también en las entrañas de la banda inglesa y encuentra una solución estética.

Un periodista dijo en alguna revista musical refiriéndose a Muse: “Es como si Radiohead al fin se hubiera decidido a hacer rock”. La tensión de Radiohead se refleja de manera más evidente en esa decisión de no pertenecer a ningún género: hay canciones cercanas a lo que entendemos por rock, otras a lo electrónico, otras al pop, alguna con un ligero sabor a jazz; como si decantarse por un género musical significara para ellos una pobreza, y percibieran cada canción como una criatura que pide un tratamiento diferente.

La música de Radiohead también juega a los finales abiertos, a lo que nunca acaba de sanarse. El bajo de *The national anthem* nunca resuelve la tensión y no nos permite saber si la canción está en re mayor o re menor; el motivo obstinado de *Street spirit* (re-do-si) jamás se detiene, y está presente de la misma manera durante los tres cambios de acorde (cuatro, si contamos la modulación final del mi); los patrones rítmicos se entrecruzan en *Bloom* de una manera tan desconcertante e inesperada para nosotros como para quienes los crearon y los interpretan en vivo.

Sin embargo, creo que la tensión que los ha mantenido vigentes durante tres décadas es la que han logrado conservar entre lo pop y lo experimental. Debe haber cientos de grupos más complejos que Radiohead y, sin duda, varios miles más comerciales. Pero muy pocos logran hacer que la intención experimental y la carga intelectual permanezcan en el radar de lo pop, así sea en sus últimas ondas. Lo pop apunta a la parte emocional de nuestra condición. Su contrapeso es la elaboración intelectual, que en Radiohead es cada vez más refinada: por eso para algunos de nosotros sus álbumes son difíciles de asimilar en un principio, y tienen una apariencia demasiado distante en las primeras audiciones. “Toda maestría exhala frialdad”, explica Mallarmé.

Esa actitud de conservar lo mental y lo visceral en cada lado de la balanza pareciera decirnos que el corazón de todo trabajo intelectual es, o debería ser, sentimental. ©

La Colombiana
Nueva colección de carteras Labranza Costura

Somos contenedores de historias del

TRÓPICO ANDINO

Disponible desde el 26 de mayo

Más información: (+57) 3006251234 | @labranzacostura

Presentando este anuncio recibe 15% de descuento en tu próxima compra

Un lugar tranquilo
Federico Véliz

“En esta novela el autor concretó un libro sorprendente, caleidoscópico. Un relato policial y erótico mas allá de las normas de género.”

Martín Caparrós, Mario Jursich y Santiago Gamboa
Jurados del XIII premio Nacional de Novela Cámara de Comercio.

A Domicilio
Bookin Home: 3184455985 - 4110246 Ext. I18

Librería El Licenciado
Mall Llano Grande - Rionegro / Antioquia
3227178366

Gaitán en Medellín

El pasado abril se cumplió un aniversario redondo de la muerte del Caudillo: sesenta años hace que asesinaron a balazos a Jorge Eliécer Gaitán en una esquina del centro de Bogotá, aún no se sabe por qué ni por quién, aunque en el fondo sí se sepa. El caso es que la fecha permitió que una oleada de fotografías de Gaitán vivo, muerto, y de la capital incendiada durante el Bogotazo, inundara periódicos y revistas. Lo interesante de ver una vez más esas imágenes, que ya hemos visto tanto, es que nos recuerdan un punto de giro nacional: los historiadores se han puesto de acuerdo en que ese 9 de abril comenzó La Violencia. Pero además forman parte de eso que los sicólogos, los sociólogos y los antropólogos llaman *memoria colectiva*, y que no es otra cosa que un puñado de imágenes incrustadas en nuestra psiquis, en las que nos reconocemos todos. Tanto que de eso hicieron un billete —el de mil, con Gaitán arengando al pueblo, aunque ya va de salida—. En el archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto hay un par de tomas de Gaitán que lo muestran de visita en Medellín, y no dejan de ser insólitas en tanto casi toda la iconografía gaitanista ocurre en Bogotá. En la primera, de 1946, aparece interpretando su rol de caudillo: gritando “a la carga”, “yo no soy un hombre soy un pueblo”, “si muero vengadme”, sus frases de batalla contra lo que él llamaba la oligarquía. Lo curioso es que la toma parece ser en el Club Unión. La segunda, disparada en 1947, lo muestra en el Aeropuerto Olaya Herrera, compartiendo con sus partidarios. Sin embargo, todo en él es distinto: el traje blanco, el pañuelo que sobresale, las gafas de lentes oscuros, el pelo peinado hacia atrás, y el gesto de seguridad en la cara le confieren más la apariencia de una estrella de cine que la de un segundo comunero.



Fotografía de Gabriel Carvajal, 1946. Archivo fotográfico Biblioteca Pública Piloto.



Fotografía de Gabriel Carvajal, 1947. Archivo fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

El rock
en
Antioquia
está en
Radiónica
99.9FM

radiónica  RTVC

EMBUTIDO ARTESANAL
itaca
GASTRONOMIA PERSONALIZADA
Carrera 42 # 54-60

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

ROCK
BANDAS
KARAOKE
EVENTOS

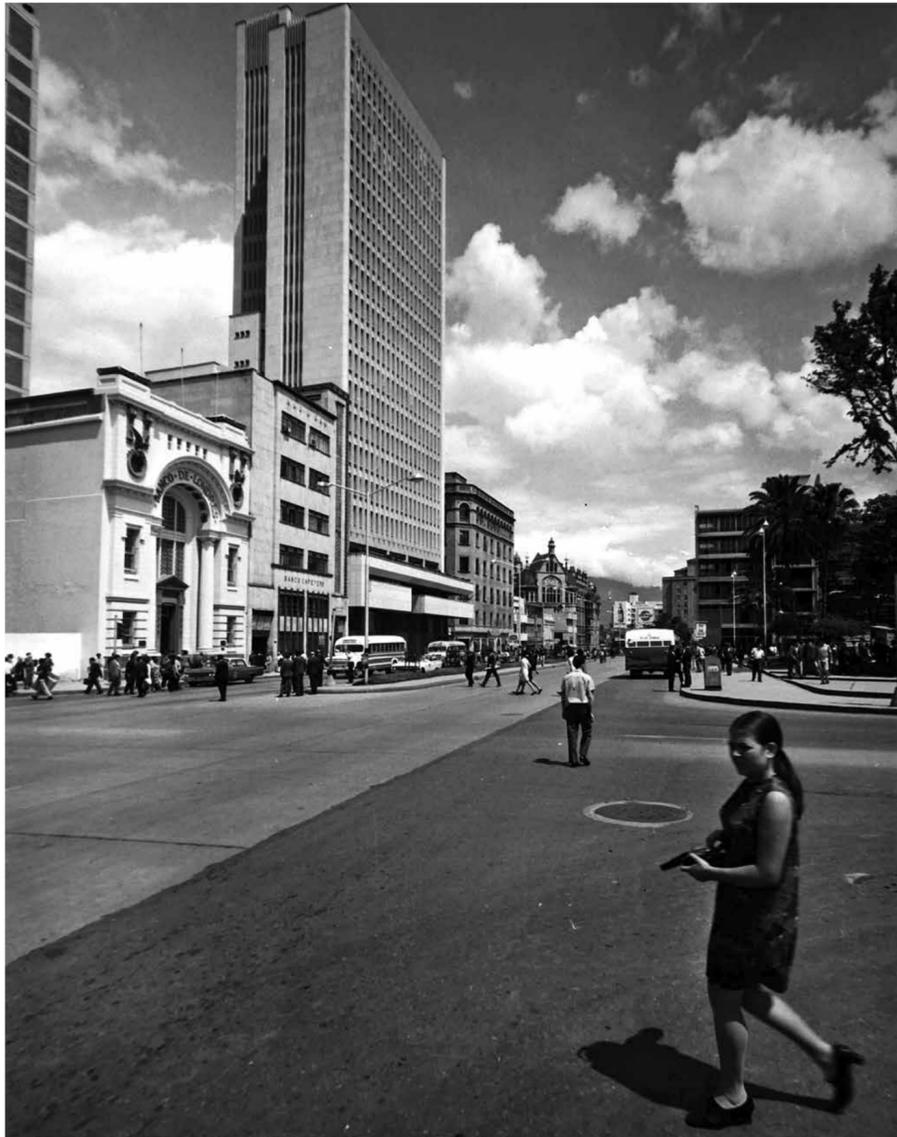
LA CÁMERA BAR
SINCE 1979

DESDE 09:00 PM
ABRIMOS: MIÉRCOLES JUEVES VIERNES Y SÁBADOS
PARA CONFIRMAR ASISTENCIA: 3005059221
DIRECCIÓN: CALLE 51 #64C-27

COCKTAIL BEER PIZZA

Primeros planes

por LUIS FERNANDO GONZÁLEZ ESCOBAR



Carrera Bolívar. Gabriel Carvajal, 1968. Archivo fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

En 1968 el entonces Departamento Administrativo de Planeación contrató con los arquitectos César Valencia Duque y Jorge Cadavid López el *Estudio del centro de la ciudad*. El documento fue publicado al final del año siguiente. Se cumplen así cincuenta años del primer intento de estudiar, imaginar y definir qué hacer con el Centro. A partir de esos primeros trazos se han sucedido variados estudios, planes, programas y proyectos. Muchas cosas han dicho los planificadores y otras tantas han hecho las 28 administraciones que se han sucedido entre 1968 y 2018, ya sea siguiendo lo formulado o, simplemente, el capricho del mandatario de turno, los intereses económicos,

el cálculo político o simplemente el deseo megalómano. En ese lapso son grandes y dramáticos los cambios sobre el paisaje urbano que diagnosticaron los arquitectos Valencia y López; pero, a pesar de la transformación, también es cierto que se conservan espacios y usos, rutas e hitos de ese Centro de hace medio siglo.

Para aquellos años finales de la década de 1960, el Centro estaba al servicio de una ciudad de un millón de habitantes y contenía una diversidad de usos que lograba un cierto equilibrio. Si bien la actividad comercial era importante —el 33,58 por ciento—, era casi la misma proporción de la ocupación del suelo dedicada a vivienda —34,75 por ciento—, lo demás estaba repartido en usos varios,

actividad industrial y su condición de centro institucional, ya religioso o político. Era un centro dinámico y diverso. Donde se concentraban los discursos y los sermones de la ciudad que dejaba de ser villa, donde crecían el comercio y la pequeña industria, y al mismo tiempo se concentraban las actividades educativas y culturales; así, en esa mezcla social había dos clubes de la elite y 16 templos, pero también 17 salas de cine, 58 heladerías y 398 cafés, donde las distintas clases sociales aun convergían.

En las 341 páginas del estudio, con sus anexos y sus 45 planos, se plantearon las grandes preocupaciones del momento para un Centro conformado por 237 manzanas —entre el centro principal y la zona adyacente— en torno a la

arquitectura, el urbanismo, la vivienda, la circulación y las sedes institucionales.

Siguiendo el pensamiento predominante del momento, los autores concluían que no había una arquitectura de conjunto, le faltaba carácter y era “inmadura”, pues a una innovación le seguía otra de manera rápida, con materiales de calidades discutibles, lo que implicaba no un conjunto coherente sino una suma de edificaciones, con efectos irremediables en la estética urbana, la que no era sino el reflejo de “una de las características más sobresalientes de nuestra idiosincrasia”, esto es, el “individualismo”. Ya se alzaba en el horizonte la ruptura de la escala urbana debido a los nuevos edificios de Propiedad Horizontal, llamados rascacielos, que tomaban impulso y se construían como alternativa de vivienda para los sectores de “alta categoría”. Cinco décadas después las demostraciones de esa idiosincrasia individualista darían como resultado ese *collage* complejo que caracteriza hoy el Centro de la ciudad, ya con más torres, menos espaciosas, no para la “alta categoría” sino para sectores medios, y con una estética simplificada al extremo, en donde predomina no la individualidad sino las construcciones en serie.

Para los autores no existía en la ciudad un verdadero urbanismo; por ejemplo, señalaron cómo el Plan Piloto, entregado en 1951 por los urbanistas Paul Weiner y José Luis Sert, fue una reglamentación de tipo general que nunca fue llevada al detalle y a consecuencias sobre el territorio; en otro sentido, la carencia de servicios comunales en los barrios hizo del Centro el lugar con el mayor poder de atracción, el “cual se congestionaba cada vez más”. Pero lo más interesante es cómo reconocieron la carencia de zonas verdes urbanas y la ausencia de planes en ese sentido: “Las nuevas vías y ampliaciones tienen fallas en este aspecto. Como consecuencia la ciudad se ha tornado árida. La temperatura ambiental ha venido aumentando gradualmente”. Sin lugar a dudas una lectura que se anticipó a los tiempos de la ecología urbana y los microclimas. Apenas ahora se trata de entender y mitigar lo que aquel estudio anunció hace cincuenta años.

Es cierto que el urbanismo hizo irrupción con el paso de los años y se ha intentado una mirada de conjunto, pero aun así la falta de verdaderas centralidades barriales siguió siendo uno de los factores determinantes para que el Centro fuera y se mantuviera como el mayor factor de atracción. Hoy día muchos siguen sin entender que buena parte de las problemáticas del Centro pasan por las dinámicas barriales, las periferias y la marginalidad urbana.

La vivienda era un uso considerado compatible con la vida del Centro y en su mayor parte, especialmente en el centro principal, era valorada como de alta calidad. Si bien eran aún predominantes las casas de uno y dos pisos, se daba paso a los edificios multifamiliares y a los de renta de cuatro pisos en las áreas adyacentes al centro principal. De ahí que el sesenta por ciento de la población del Centro era permanente y solo

un cuarenta por ciento era flotante. No obstante se diagnosticaron sectores en deterioro, tomando como criterio el estado de la infraestructura urbana, y el nivel socioeconómico, para hablar eufemísticamente de la población pobre asentada allí, como los casos de San Antonio, Guayaquil, La Bayadera, los alrededores de la iglesia del Corazón de Jesús, los alrededores del edificio de EPM, aparte del sector de la Estación Villa con sus tugurios y la expansión del barrio Colón. La vivienda hoy es minoritaria en el Centro, el mayor porcentaje de la población es flotante y los sectores señalados, pese a las intervenciones que se han hecho, se mantienen sin resolver sus problemas fundamentales. El 14,2 por ciento de la población económicamente activa de entonces se empleaba en el Centro, de tal manera que la población flotante iba en incremento mientras que la residente ya comenzaba su desplazamiento a Laureles y El Poblado; las rutas de buses convergían especialmente a la Plaza de Cisneros —el centro popular por excelencia—, al Parque de Berrío y la Plazuela Nutibara, lo que hacía que el Centro se saturara por sectores, aunque se consideraba que aún tenía capacidad de crecer por unos diez años más sin colapsar; no ocurría lo mismo en términos peatonales, pues era problemático debido a que los andenes eran insuficientes, no tenían capacidad para albergar tanta demanda, además eran estrechos y estaban deteriorados y ocupados por ventas ambulantes.

La propuesta, hecha para prever el crecimiento futuro y atender esa demanda presente, era el desarrollo combinado de un anillo vial periférico y al interior del mismo la peatonalización de vías. De hecho el anillo periférico ya se había planteado con la idea de la Avenida Oriental, la continuidad por la calle Vélez al norte, la Avenida del Ferrocarril al occidente y al sur por la carrera 33. Con los propósitos de este plan esa idea se fortaleció e incluyó paraderos de buses y zonas de estacionamiento vehicular a lo largo de todo el anillo. Mientras tanto al interior se planteó la peatonalización de la carrera Junín —entre Caracas y La Playa—, la avenida La Playa —entre Junín y Sucre—, la carrera Bolívar para unir el Parque de Berrío y la Plazuela Nutibara, la remodelación del Parque de Bolívar y el pasaje La Bastilla, además del cierre al tránsito de calles como Boyacá, Colombia, Calibío, entre otras.

El anillo vial fue construido cerrando al sur no por la calle 33 sino por la calle San Juan, los efectos sobre el Centro de la ciudad fueron dramáticos por la demolición de cientos de edificios a lo largo de la Avenida Oriental, pero sin las obras de mitigación que se pensaron en el Plan, y sin los paraderos ni las zonas de estacionamiento. Desaparecieron del paisaje hermosos ejemplos de arquitectura histórica y se cercenaron espacios públicos como la plaza de Cisneros o la plazuela de San José, aunque al interior se ganaron los pasajes de Junín o La Bastilla. A la hora de los balances fueron más los saldos en rojo que los positivos. En distintas administraciones esos mismos pasajes han cambiado de material en sus pisos, de amoblamiento y decoración; y esas mismas calles hoy se intentan entregar al peatón, disputándolas a los vehículos y a las ventas ambulantes.

Los otros grandes proyectos discutidos en el Plan del Centro de 1968 fueron la Central de transporte interurbano, la plaza de mercado de Cisneros y la construcción del Centro Administrativo Oficial. La Central de transportes implicaba la reubicación de las terminales de buses y del ferrocarril, de hecho el Ferrocarril no se reubicó sino que se acabó y la central dio lugar primero a la terminal de transporte del norte y años después la del sur, alejando de Guayaquil las actividades que habían sido determinantes en su dinámica como puerto seco. Por su parte la plaza de mercado era considerada uno de los más serios problemas urbanísticos de la ciudad, con sus 1200 puestos hacinados adentro y sus más de 400 puestos afuera de la parte cubierta, especialmente en el denominado Pedrero. Se pensaba que con el traslado de sus actividades a una plaza mayorista al sur de la ciudad y un plan de mercados satélites en los barrios Guayabal, Campo Valdés, Castilla, Robledo, La América y Belén, que estaban en construcción, debería desaparecer. Pero no fue así. Algunas plazas funcionaron y otras no. Se incluyó posteriormente la plaza minorista José María Villa, pero muchas de sus actividades se fueron desplazando al Centro en un proceso de años que se llamó la “guayaquilización” del Centro.

Mientras que con el centro administrativo se buscaba solucionar la dispersión de las dependencias oficiales y la dificultad para ampliar las distintas sedes, aparte de las

condiciones arquitectónicas de las oficinas, la ausencia de espacios libres en sus inmediaciones, las dificultades de acceso, la falta de zonas de parqueo, entre otras razones que justificaban la creación del centro administrativo en La Alpujarra, como ya había sido contemplado en el Plan Piloto de 1951. Con el Plan del Centro se justificó, por el poco valor de la tierra en La Alpujarra, la posibilidad de la renovación urbana de este sector, la realización de edificios con técnicas modernas de funcionalidad y arquitectura; la libertad arquitectónica para estudiar espacios abiertos y perspectivas exteriores, sus relaciones paisajísticas con el cerro Nutibara, la facilidad de separar el tráfico vehicular y peatonal, y así crear un centro como eje metropolitano. El Plan recomendó la creación de una Junta o Comité Provisional como entidad a cargo de adelantar la obra y se puso una meta de diez años para adelantar el proyecto. Solo en 1975 se hizo el concurso para elegir el proyecto, que se ejecutó entre 1983 y 1987, con otros criterios, diseños y concepciones a las planteadas en este Plan.

En general el Plan del Centro de 1968, siguiendo las concepciones de aquellos años, hace el diagnóstico de la situación, plantea alternativas y define lineamientos para que sean convertidos en proyectos específicos. No había urbanismo estrictamente ni diseño urbano. Pero concibió un centro de ciudad a partir de la interpretación de unas realidades que se consideraban adecuadas o problemáticas. Con lo cual nos dejaron un retrato de cómo era el Centro en aquellos años pero también de los imaginarios de aquella sociedad a través del pensamiento de los arquitectos y el equipo a cargo. Al concretarse su ejecución, con cambio de orientaciones, con errores y aciertos, se cambió radicalmente el paisaje urbano. Curiosamente algunas preguntas y respuestas fundamentales sobre transformaciones sociales siguen vigentes, mantienen los mismos sesgos y prejuicios, las mismas ubicaciones y segregaciones socioespaciales mientras se abren y se cierran vías, se amplían calles, se cambian una y otra vez los pisos de aceras y espacios públicos, se reglamentan y mejoran fachadas... obras que parecen un *déjà vu*. Y queda aún latente la pregunta por la historia, de la que poco o nada hay referencia en aquel Plan del Centro, y la que poco parece significar e incidir en el presente. ©



Carrera Bolívar. Juan Fernando Ospina, 2017.



El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

John Jaramillo no estaba perdido, trastió su parranda a la nueva esquina del Centro en Caracas con Córdoba.



Boston Bar Café
Cra 42 con Cile 54 • Atendido por su propietario

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

OPALO
bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 12:00 M
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54 - 58

EXLIBRIS café libros repostería



- Menú del día siempre delicioso
- El mejor café
- Repostería
- Libros de todo tipo con énfasis en ilustrados

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

BATHORY
ROCKWEAR

Vestuario para mujeres poderosas y hombres fuertes amantes del rock.

@bathoryrockwear
bathoryrockwear@gmail.com

Compra online o pide tu cita en Medellín con *La Maleta Viajera de Bathory.*



Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante
EI ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

Teléfono: 2302522



www.correctores.co

Corrección de estilo para todo tipo de textos

- Normas técnicas de publicación.
- Corrección de pruebas.
- Transcripción de audios o videos.
- Asesoría para escritura de proyectos académicos o empresariales.

administrador@correctores.co



Construimos Sitios Web para móviles y Apps

Piensa hacia donde diriges tu estrategia...

Cohete.net



al pie de **LA LETRA** librería

Sede Brasilia: Calle 49A # 64C-42. Tel.: 2305428.
Sede Mamm: Carrera 44 # 19A-100
E-mail: laletra@une.net.co

www.alpiedelaletralibreria.com
Teléfono único: 3224694

Dos experimentos

por L.C. BERMEO GAMBOA

Soy de la raza de los que cantan en el suplicio
Arthur Rimbaud

Prueba empírica #1

Una rata flota en el agua patalea por salir del cubo donde fue arrojada con piedad y guantes de látex, para medir nuestra esperanza.

La otra, en el cubo de al lado era la más optimista de la especie y había luchado por 5 minutos, por cada segundo a flote se bendecían los doctores anhelando destilar en frascos el milagroso elixir de los más persistentes, esa sustancia química de los héroes que impide detenerse ante cualquier realidad trágica.

Desean ofrecer una dosis universal para que las potencias del primer mundo apliquen a sus recién nacidos un paliativo vital, que les ayude ya sea con el aburrimiento en sus despachos, o con un cáncer terminal en oscura habitación, la cura del perder contra una derrota en el fútbol, un despido laboral, la pérdida de un miembro o un premio, la muerte de un ser querido, pero sobre todo, para soportar el hambre y la sed irremediable del futuro.

De las ratas que soportan a flote solo un poco más del promedio se espera producir esta leche esencial e inmunizar a los infantes. Pero, especulan los científicos, las clases más bajas podrán suplirlo criando sus nichos de ratas y enseñando a sus niños cacería, basta con agarrarlas y mamar de sus colas desnudas.

Prueba empírica #2

Parido el pequeño ser vivo, evita el asco y cárgalo, apenas comprenda lenguaje, no perder tiempo y confirmarle, básicamente, que esto es lo peor que le pudo suceder.

Si sonrío ante la noticia, azótalo. Hasta que acepte con llanto.

Si eres su madre, por eso tienes gran ventaja, dile que vas a morir pronto, en un tiempo indeterminado, pero seguro.

Si eres su padre, y aún estás cerca al nacer, dile que te avergüenzas de compartir tu sangre con batracios, y que pronto lo abandonarás.

Si eres un extraño, evita sobre todo la empatía, no confundas tu dolor con el suyo, hazle entender que es una equivocación, un doloroso espectáculo del que nadie es responsable.

Luego solo mantén un firme silencio donde no perciba la presencia de uno igual. Hazlo por el tiempo que sea necesario; primero, para alimentarse, se hará amigo de las ratas, y tarde o temprano, para sobrevivir, empezará a cantar. ©

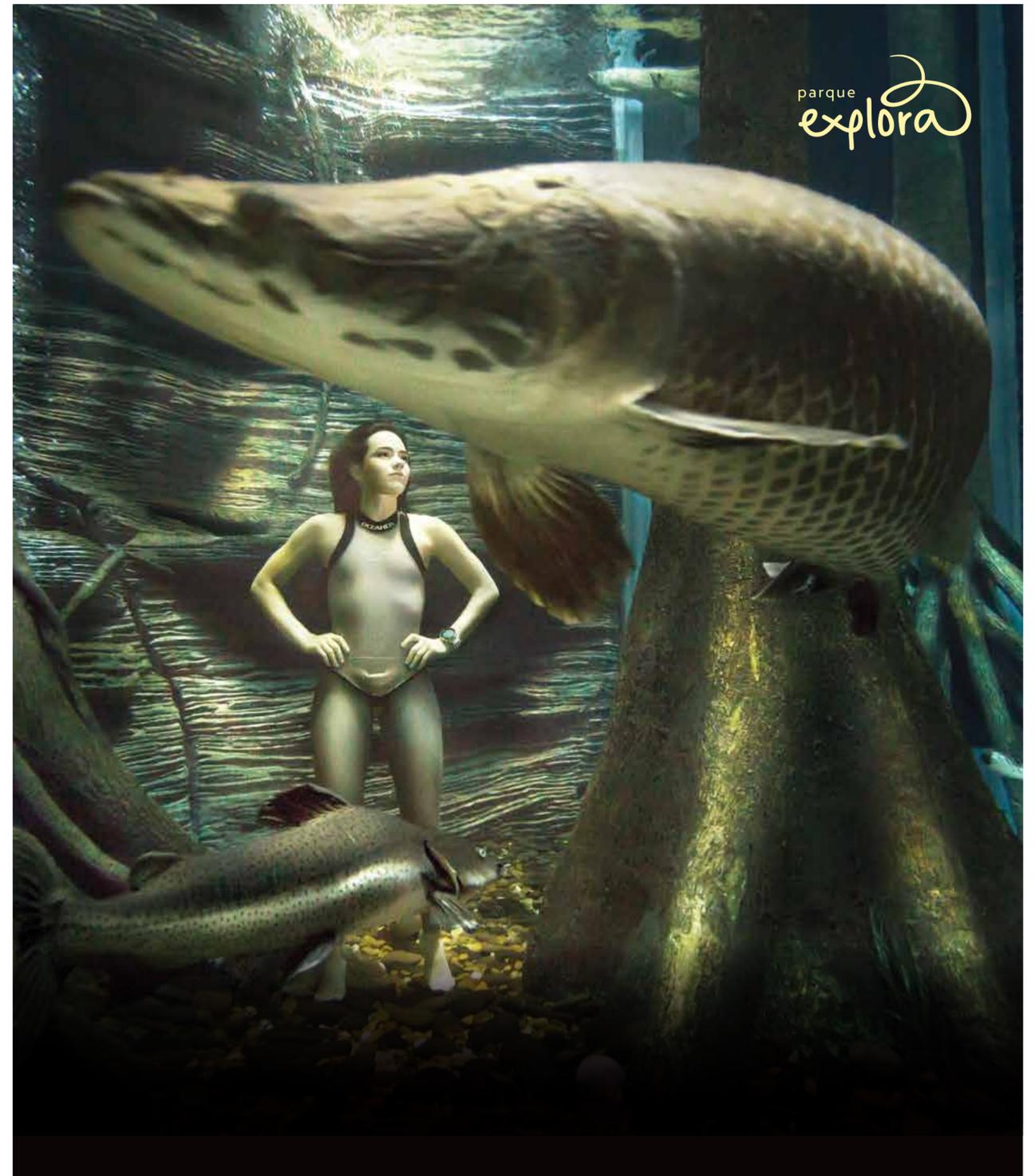
ABRIMOS EN **Bogotá** EL 11 DE MAYO

lenteja express

SECTOR CHAPINERO
Calle 66 # 7-21 - LOCAL 3
Edificio VÍA 7

@lentejaexpress
www.lentejaexpress.com.co





LA CIENCIA TIENE QUE VER CON LA VIDA

Sofía Gómez Uribe, campeona de apnea durante exploración científica en Acuario Amazónico Explora

vortex⁶

Muestra de video y experimental

Medellín 8 - 12 de mayo

Muestras Conferencias Laboratorios

Organiza: **cinéfagos.net**

Apoya: **ColomboAmericano**

Por ti, estamos ahí **epm**
PATROCINADOR ACUARIO

Alcaldía de Medellín **Cuenta con vos**

12^a

FERIA POPULAR

DÍAS DEL LIBRO

Las formas de la memoria

Hay quienes dicen que el lugar de la memoria es la mente, otros piensan que pertenece al corazón.

18 y 19 de mayo

Carlos E. Restrepo

12:00 m. a 10:00 p.m.

Entrada libre



Invita: *Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad*

www.fiestadellibroylacultura.com

[f](#) [t](#) [@](#) #DíasDelLibro #CulturaCiudadana

EN ASOCIO CON

bpp BIBLIOTECA
PÚBLICA
PILOTO



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos